

# EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.



J. A.

#### SUSCRIPCION EN MADRID.

Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 2º. TOMO II.—VIERNES 15 DE NOVIEMBRE 1844.

Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

#### SUSCRIPCION EN PROVINCIAS.

Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscribese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

#### RESUMEN.

Biografía, El Conde de Aranda, por D. Gavino Tejado.—Los tres maridos burlados (novela), por\*\*\*.—Poesía histórica. La joya vendida, romance, por D. J. A. de los Ríos.—Apuntes sobre la supresión de la Orden del Temple en la corona de Aragón, artículo primero, por D. Patricio de la Escosura.—Un viaje a las provincias Vascongadas, artículo primero, por D. Antonio Flores.—Proceso del General Prim, conde de Reus.—A mi hijo dormido, (poesía), por D. J. Romea.—Revista de la Quincena, por D. Juan Pérez Calvo.

#### BIOGRAFIA.

#### EL CONDE DE ARANDA.

UN DIOS, UNA FE, UN REY, UNA LEX.

**N**o hace muchos días que tuvimos ocasión para trazar rápidamente el brillante cuadro que ofrecía nuestra España en el siglo XVI.—Esta nación, cuyos destinos futuros parecen tan misteriosos, como sorprendente y hasta novelesca la complicada historia de sus pasados tiempos, fue el teatro privilegiado donde tuvo su sangriento imperio ese drama de la edad media, informe embrión de todas las teorías sociales, que concebido entre las sombras de la ignorancia y por la sola virtud del instinto, era ya gigante cuando el siglo XVI lo recibía en su cuna para verlo crecer en el regazo de la filosofía, y bajo el laurel de la victoria. Pero el Mediodía de la Europa que había nutrido en su seno los principios, que había esperado con fé y luchado con energía hasta darlos á la luz del mundo ya formulados y con todos sus caractéres distintivos, llegó á sentirse fatigado

de tan laborioso esfuerzo, y tuvo que ceder al Norte la deducción de las consecuencias y el ensayo de sus investigaciones—tuvo por consiguiente que abdicar el cetro de su dominación, y depositar en otro espacio la continuación de sus trofeos, no reservando para sí mas que el recuerdo de sus glorias, y la inacción precisa en quien solo vive de recuerdos.

La historia desde este instante nada encontró verdaderamente nuevo que contar en la Europa del Mediodía, y dejándole solo algunas hojas en blanco para tomar nota de su estéril vanidad y sus inútiles com-



bates, fue á ofrecer sus páginas de oro á las orillas del Rin, del Támesis, del Vístula y aun á las nieblas del Cáucaso.—En vano el orgullo nacional querrá oponernos á esta verdad, por desgracia demasiado absoluta, el triunfo parcial y transitorio de algun ilustre guer-

rero en alguna jornada sangrienta: cien plazas asaltadas, mil batallas ganadas, y diez reinos conquistados valen menos para una nación que la propiedad de una grande idea; y harto nos dice la historia que no podía ya nacer ninguna en nuestra España desde que fué preciso escribirla en las paredes de la inquisición y someterla al suspicaz examen de Felipe II. Con todo, aun en esta época tan indefinida quizás como indefinible vivía la sombra de Carlos V, y todavía nuestro pabellon se alzaba triunfante en Lepanto y en San Quintín: todavía llegaban las naciones con respeto al palacio de nuestros reyes, si bien con ese respeto artificial, que se tiene á un viejo opulento, pero achacoso, cuya herencia se espera con avidez.—Llegada por fin la hora decisiva del descenso, cada vez se fué haciendo mas pendiente el declive de nuestro valer pasado, sin que nada viniera á evitar el cumplimiento de los destinos de la Providencia y las condiciones de la humanidad.—Ved sino la conducta de Felipe III y de Felipe IV.—Entregados ambos á merced de favoritos avaros, fútiles, ó venales, ved al primero pagar un tributo imprudente al fanatismo religioso mas que á la sana política, espulsando á los únicos, que poseedores entonces de la industria y el trabajo, podían prevenir un remedio á la hidrópica sed de oro, que habíamos adquirido en el mundo de Colon: ved al segundo mas ocupado en hacer malas comedias que buenos generales, mirar, ó por mejor decir, no mirar desde los balcones del Buen-Retiro que sus dominios se iban desmoronando á medida que él iba construyendo su parásita falange de cortesanos corrompidos.—Ved en seguida á ese Carlos II, mas desgraciado acaso que culpable, en cuyo reinado habian de hacer los españoles su primer ensayo en la escuela de los motines, y cuya boca moribunda dictaba esa sentencia fatal, que nos condenaba á la guerra de sucesión, la mas estéril de las guerras, y á la lucha civil, la mas sacrilega de las luchas.

Nuestro siglo XVIII comenzó con Felipe V, que al importar con su dinastía á nuestro suelo los usos y las ideas de la Francia, nos puso en esa especie de pupillage, que llega siempre á determinar la existencia de un pueblo degenerado, y en cuyo período de decadencia encuentra acaso el historiador alguna que



otra aplicacion feliz de un pensamiento importado, algun que otro nombre digno de respeto y gratitud, pero ninguna idea verdaderamente original, pero ningun invidio verdaderamente genio.

Hé aquí las consideraciones, que nos servirán de punto de partida para juzgar al personaje que nos ocupa.—Súbdito fiel, soldado pundonoroso, leal caballero, filósofo en el buen sentido de esta palabra, hombre de mundo, de corazón incorruptible, de voluntad enérgica, figuró el primero en los sucesos importantes de su época, estirpó abusos, combatió preocupaciones, y se hizo en fin doblemente acreedor á nuestra buena memoria, sufriendo el inevitable martirio, que la humanidad guarda por premio y recompensa á sus patronos y redentores.

Don Pedro Pablo Abarca de Bolea nació en Sieta-mo, pequeña poblacion á las inmediaciones de Huesca y en julio de 1719.—El carácter intolerante y fogoso, que desplegó en su infancia, anunció desde luego aquella tenacidad aragonesa, que debía en adelante constituir el fondo de su inflexible conducta, y ponerlo por tanto en contradicción con las cosas y con los hombres de su tiempo.—Cítase como prueba de la violencia de su voluntad una anécdota que aunque no está confirmada, tiene para nosotros mucha verosimilitud; á saber: su empeño de volar sostenido por dos paraguas, que puso en práctica apenas concebido, lanzándose desde una altura del castillo de Aranda de Jarque, donde radicaban sus estados, y rompiéndose una pierna al terminar su viaje aerostático.—Toda su niñez fué un tejido de travesuras tamañas, cuyo fondo era siempre alguna empresa mas temeraria que atrevida; y claro era que semejantes propensiones, al llegar su pubertad, debían naturalmente decidirlo á empuñar las armas del guerrero.—Con esta intencion pasó en 1734 al colegio militar de Parma, donde estuvo recibiendo una educacion esmerada hasta 1740, en que salió á campaña, incorporándose probablemente al ejército del duque de Montemar, que Felipe V había enviado á Italia para restituir en manos del príncipe Carlos el cetro de Parma y Toscana, que le pertenecía por derecho materno, y del que había sido despojado en el tratado de Viena.—Durante esta campaña, y por los años de 1743 tomó posesion del título con que la historia lo conoce, sucediendo á su padre no solo en el condado de Aranda, sino tambien en el mando del regimiento inmemorial de Castilla, del que fué nombrado coronel en su lugar.

No tardó el joven conde en mostrarse digno de los favores con que le honraba la fortuna, peleando como buen caballero y leal español en la sangrienta cuanto desgraciada accion de Campo-Santo, donde estuvo un día entero contado entre los cadáveres, y de cuya horrible morada se salvó por la fiel solicitud de su asistente.—Nombrado entonces brigadier, continuó dando muestras de su bravura en la sorpresa de Belettri, en la toma de Tortona, Voghera, Provera, Parma, Plasencia, despues de cuyas conquistas, pasado el Pó, sorprendió en Pavia su guarnicion de 1800 hombres, contribuyendo eficazmente con la division de su mando al éxito feliz de toda la campaña de 1745, que puso en poder de los españoles la Lombardia entera.

El advenimiento al trono del buen Fernando VI, nivelando la política europea con su célebre sistema de neutralidad, marca el momento en que apartándose el conde de Aranda del estruendo de la guerra, comenzó á ocupar en la diplomacia el puesto que tan honrosamente desempeñó; pues trasladándose de Italia á la corte de Fernando, fué nombrado gentil hombre de su cámara con ejercicio en 1747, despues de haber recibido en nueva recompensa de sus servicios militares la faja de mariscal de campo.—El estado pacífico de España bajo el gobierno de aquel monarca, y la vida esencial y casi exclusivamente diplomática que caracteriza el período de su reinado, dió ocasion al conde de Aranda para desplegar los recursos de sus talentos en varias misiones, que le fueron entonces encargadas, y durante cuyo desempeño hizo sus viajes por aquellas naciones septentrionales, donde la lucha de las armas estaba decidiendo la creacion y ruina respectiva de varios tronos europeos. Durante estos viajes, observó la táctica y disciplina militar que al gran Federico conquistaban tan gloriosos laureles, poniéndose al mismo tiempo en contacto con los hombres mas sabios de la Francia, y adquiriendo

con el jefe de la escuela filosófica del siglo XVIII, íntimas relaciones de amistad, cuyo fondo y objeto nos revelan bien claramente algunas cartas, que se conservan de su frecuente correspondencia.—Aranda, pues, se hacía entonces partícipe de aquellas teorías diseminadas en la Francia de Luis XIV y de Luis XV, que minando sordamente los ya gastados cimientos de una monarquía decrepita, preparaban las bacanales de la república y la dictadura de Bonaparte.

Probable es que al restituirse Aranda á su patria en 1755 alarmase la suspicacia de la corte de Fernando VI, que no podría menos de mirar con prevencion á quien fundadamente supondría venir impregnado del espíritu volteriano, y cuya esfera de conocimientos visiblemente ensanchada por medio de atentas observaciones lo hacia desde luego superior á los compatriotas de su tiempo. No obstante esta racional conjetura plenamente justificada por los hechos posteriores, fue nuevamente honrado el conde con la munificencia y confianza del monarca, que despues de elevarlo al grado de teniente general, lo envió de embajador cerca del rey de Portugal para ofrecerle sus auxilios á consecuencia del célebre terremoto ocurrido entonces en Lisboa.—A su vuelta le encomendó la direccion de artillería y de ingenieros, y últimamente lo condecoró con el toison de oro. Estos homenajes de justicia tributados por Fernando VI á los talentos y servicios del conde de Aranda son para nosotros una prueba evidente de que aquel buen rey de grata memoria sabía utilizar á los hombres dignos, sin dar oídos á la voz de las preocupaciones ni á los recelos del fanatismo.—Bien seguro es, en nuestro juicio, que si entonces hubiera ocupado el trono Felipe II, no habría sido por cierto tan pródigo de honras y de confianza para con un hombre, que hubiese adquirido las ideas de progreso y la independencia de razon, que debía el conde de Aranda á sus viajes y á sus relaciones.

En 1760 entró Carlos III á regir el cetro de las Españas para dar á los ojos del filósofo historiador ese contradictorio espectáculo de una monarquía enteramente sujeta á influencias extranjerías, y que dando sin embargo un uso conveniente á los ricos elementos de su suelo, parecía concurrir por su propia virtud á la obra de regeneracion comenzada por la filosofía, auxiliada por la industria y hasta secundada por los tronos; de una monarquía cuyo título de católica nada desmerecía de su justicia, y que osaba sin embargo imponer condiciones á la silla de S. Pedro, y perseguir hasta con crueldad á los ministros de Jesucristo.—El conde de Aranda, cuyos antecedentes le hacían ya reputar como secretario de toda reforma, al par que como adicto á los intereses de la Francia, no podía menos de esperar larga cosecha de honores y fortunas á la sombra de un trono amigo y protector de las reformas, al par que ligado á la Francia por los vínculos de la sangre. En 1760 fue nombrado embajador cerca de Augusto III, Elector de Sajonia y rey de Polonia bajo este título, suegro del monarca español: continuó en este encargo hasta el año de 1762, en que declarada la guerra de Portugal, fué Aranda elegido jefe de la expedicion contra este reino. Durante esta corta campaña comenzó la fortuna por favorecer al ilustre conde, pero volviéndosele contraria al poco tiempo se vió obligado á abandonar su empresa, merced á las hábiles maniobras del general inglés Lippe, que haciéndole evacuar la plaza de Almeida, lo arrojó de las fronteras portuguesas. No obstante el mal éxito de esta expedicion, que lejos de producir cargo alguno contra la pericia y valor de Aranda, le granjeaban por el contrario nuevos títulos á la estimacion del monarca, fué nombrado en el siguiente año capitán general con amplios poderes para organizar el ejército del modo que juzgase mas conveniente, y que él en efecto usó muy en provecho de las armas españolas, colocándolas bajo el sistema del gran Federico II, é imponiéndolas en la táctica prusiana.—Por entonces pasó á encargarse de la capitania general de Valencia, donde residió con este carácter hasta 1766, en que á consecuencia del motin contra Squilace fué llamado á la corte á ocupar la presidencia del Consejo de Castilla.

Aquí verdaderamente comienzan los títulos de celebridad del conde de Aranda.—Llegaba á la corte despues de una insurreccion popular, que había

triunfado de la monarquía, que había impuesto leyes al rey y lo había lanzado de su palacio.—Semejante acontecimiento era bastante entonces á alarmar á los tronos de Europa, y era preciso restituir al monarca violentado su autoridad indemne, si había de conservar su prestigio con los demas soberanos.—Aranda, pues, conoció toda la urgencia del mal, y se propuso desde luego ensayar de una manera estrepitosa aquella fuerza de voluntad que debía á su carácter; y pensando que la rebelion no podía haberse consumado sin la influencia de móviles secretos, que no estaban al alcance de la propia muchedumbre seducida, empleó toda su actividad en buscar el foco de la desobediencia, que era llamado á vindicar.—El motin había tenido por objeto principal derribar á un ministro favorito de la corona, y era probable por tanto que mediasen rivales poderosos y resentidos del poder que se había combatido. Aranda lo comprendió así, y despues de haberse asegurado la libertad de sus pesquisas convirtiendo la Corte y sus cercanías en un campamento de 10,000 hombres, comenzó á hacer sentir el peso de su autoridad omnimoda entonces é ilimitada á varias personas de ilustre alcurnia, llevando quizá su celo hasta la imprudencia en este punto, y envolviendo en la comun persecucion á hombres de tanto viso y tan respetables antecedentes como el marqués de la Ensenada.—Por otra parte, los instigadores de las turbas, cualesquiera que ellos fuesen, tenían interés en mantener vivos los recelos de Carlos III, á quien amedrentaban con frecuentes cartas y ocultos mensajes en que se le pintaba como peligrosa su vuelta á Madrid.—Aranda castigó severamente á los autores de estas comunicaciones, y consiguió decidir al monarca á emprender aquella vuelta, que terminó entre las aclamaciones de un pueblo arrepentido.—Dentro de poco tiempo la Corte se tranquilizó enteramente, y con gran sorpresa de Carlos III se vieron luciendo muy contentos sus sombreros apuntados los mismos, que pocos dias antes se habían rebelado contra la autoridad real, y alborotado furiosamente las calles y las plazas porque se les mandaba proscribir sus sombreros redondos;—pero tal es el pueblo de todos los tiempos y de todos los lugares—lo que el precepto de Squilace no pudo conseguir, consiguieron las persuasiones de Aranda.

Todo parecía, pues, terminado, y así lo hacía creer tambien la aparente confianza del monarca y la fingida inaccion del conde.—Nadie recelaba ya que el indulgente Carlos pensase en vindicar el ultraje hecho á su magestad, ni llevase mas adelante las consecuencias de su justicia, mientras que entre las sombras del misterio, con una prudencia verdaderamente inquisitorial y con las mismas precauciones que si se tratase de una conspiracion, preparaba la corte bajo la direccion de Aranda auxiliado por Campomanes y el célebre Moñino, despues conde de Florida Blanca, aquel golpe de estado, que aun en el día da lugar á mil distintas interpretaciones; cuyas causas, cuyo fin, cuyos medios mismos de ejecucion no están aun bastante ilustrados por la historia, ni sancionados como justos por el universal consentimiento.—Ya conocerán nuestros lectores que hablamos de la expulsion de los jesuitas.

Al juzgar este hecho un escritor contemporáneo, ha creído necesario para apreciarlo dignamente hacerse cargo del carácter é ideas de Carlos III, y lo pinta con las siguientes palabras. “Es activo, dice, virtuoso, independiente de la voluntad de sus ministros—lo examina todo con los ojos del dueño, concilia en el ejercicio del poder un juicio recto y un alma apasionada; su piedad religiosa es por otra parte tan ardiente como sincera.”—Ahora bien, partiendo de esta prudente calificación, que no ha desmentido la posteridad ¿podremos creer que al decretar el rey Carlos la expulsion de los jesuitas, obedeciese á sugerencias de ningún ánimo preocupado, á ninguna prevencion propia, á ningún error producido por ligereza ó por debilidad?—¿no debemos pensar que al decidirse ese monarca de indudable piedad á chocar de frente con la corte Romana, debió obedecer á imperiosas exigencias de una sana política? ¿Podremos suponer por un instante que consintiese de buen grado en pagar ese tributo al filosofismo francés, que tan pocas simpatías debía encontrar y encontraba en efecto en su religioso corazón?.... Nosotros nos limitamos á sentar estas reflexiones sin dar mas extension á nues-



tro juicio.—Dícese que en el proceso formado á consecuencia del motin contra Squilace obraban vehementes indicios contra los jesuitas; dícese que se les vió repartiendo dinero entre las turbas y agitando su cólera y desenfreno; que se llegó á sorprender parte de su misteriosa correspondencia.... El lector decidirá el fundamento de estas acusaciones: nosotros, si nos es lícito usar de un derecho abdicado, solo le diremos para auxiliar sus conjeturas que la compañía de Jesus era por aquellos tiempos el blanco de la persecucion universal; que hasta Portugal mismo, país por excelencia supersticioso y frailerío la habia lanzado con el anatema de proscripción: que el clamor entero de la Europa se levantaba en fin contra aquella milicia poderosa, que parecia por un lado socavar el cimiento de los tronos, mientras por el otro conquistaba la conciencia de los pueblos hasta en el recinto del hogar doméstico.—Diremos de paso que esta cuestion nos parece en el día sobrado importante—la compañía de Jesus no ha muerto; mas aun, si no nos tuvieran por visionarios, nos atreveríamos á aventurar que se columbra en Europa cierta reaccion á favor de aquel instituto.

Aranda, como hemos dicho, habia sido tan misteriosamente cauto en la consumacion de este ruidoso negocio que, aunque hacia partícipes de sus actos á Campomanes y Moñino, realmente se entendia solo con S. M., llevando la reserva á tal punto, que para firmar el decreto de expulsion entró en la cámara real con el tintero en el bolsillo para evitar toda sospecha, y extendió por su propia mano las circulares á las respectivas autoridades del reino mandándoles que bajo responsabilidad de su vida y en el instante de recibir el decreto de S. M.—á cualquier hora que fuese y sin demora ni excepcion alguna cerrasen los conventos de jesuitas de los distritos de su mando, y condujesen con la mayor seguridad á sus individuos para hacerlos embarcar en el puerto mas inmediato, sin permitirles llevar mas que su breviario y un saco de viaje.

La empresa habia sido de mucha consideracion para que su éxito feliz dejase de alentar al conde á intentar otras análogas, si bien no tan arriesgadas.—Una vez entrado en el camino de las reformas, ó como ahora se diria, en el de la revolucion, no podia menos de dar rienda suelta á su espíritu esencialmente innovador; contando, como contaba por otra parte con la adhesion de Carlos III y esperando así hacer méritos para con los filósofos franceses, cuya estimacion le era tan lisonjera.—Precisamente la inquisicion y la influencia clerical debian ser las pesadillas del amigo de Voltaire, y en una y otra debia por consiguiente hacer el primer ensayo de sus intenciones.—No menos feliz que acertado en sus primeros empeños, consiguió en breve tiempo limitar la jurisdiccion del santo oficio á solo los delitos de heregia y apostasia, que era lo mismo que reducirla á la nulidad en un tiempo en que ya nadie queria ni necesitaba para maldita la cosa ser apóstata ni herege.—Para dar un centro á la jurisdiccion propiamente eclesiástica é independiente del tribunal de la conciencia, instituyó el de la Rota; y para hacer mas expedita la accion de los tribunales civiles, restringió el derecho de asilo, que usaban los criminales con notable menoscabo de la justicia y grave peligro de la seguridad individual.

Cuando ya creyó haber removido los principales obstáculos á sus planes de progreso, comenzó á instituir academias científicas, sociedades de amigos del país, multitud de escuelas gratuitas, montes pios y otros establecimientos protectores de la pública ilustracion. Tampoco olvidó la industria, pues segundando el filantrópico pensamiento de Olavide, favoreció la ereccion de las colonias de Sierra-Morena, y cuidó de poner expeditas las carreteras principales; premiando siempre y recomendando á la munificencia del monarca á cuantos le presentaban un proyecto útil ó un invento beneficioso.—El ejército, constante objeto de sus miras adquirió una organizacion mas completa, y recibió nueva ley de reemplazos.—Ultimamente, acuñó de nuevo la moneda gastada, atendiendo en todo hasta á los detalles mas minuciosos de la diplomacia, de la administracion y de la política.—Demasiado conocia sin duda Aranda la arriesgada posicion en que se colocaba al consumir estos atrevidos proyectos: no podia ocultársele que tenia que mantener una lucha azarosa contra antiguas influen-

cias de poderes sostenidos en su mayor parte por la fuerza del hábito mas que por la sancion de la conciencia pública, pero que podian sin embargo ser bastantes á organizar un partido respetable, que apoderándose de la voluntad del monarca, suscitase en su real ánimo escrúpulos y prevenciones.—Tan evidente es que Aranda comprendia bien su posicion, que cuando alguna vez era reconvenido por el misterio y exclusivismo, que empleaba en el ejercicio de sus funciones, solia responder ásperamente: “Que queria ser solo, porque le iba en el juego la cabeza.”—Sin embargo, bien pronto se vió obligado á buscar un apoyo fuera de sus propios recursos, y formar á su vez otro partido, que resistiese al empuje de las persecuciones comenzadas ya en el centro mismo del gobierno contra su sistema de ideas y de conducta.—La altivez de su carácter, la influencia prestigiosa que alcanza fácilmente en los círculos cortesanos un diplomático relacionado con las notabilidades de su época, la independencia en que por su mediacion habia puesto á la aristocracia del poder clerical, y cierto orgullo nobiliario, que á pesar de su filosofismo entraba por mucho en el fondo de su carácter, llevaron al conde naturalmente á buscar sus auxiliares en la nobleza, que acudió dócil y pronta á su llamamiento, afiliándose bajo sus banderas con el nombre de *partido aragonés*.—El ministro Grimaldi por otro lado, que habia logrado conquistarse el favor del monarca, llamaba en derredor de sí los intereses lastimados por las reformas de Aranda, y engrosaba diariamente sus falanjes con acérrimos sectarios de lo antiguo, que mal avenidos con el espíritu novador de aquel, alarmaban constantemente la tímida conciencia de Carlos III, exagerando con todos los colores, que presta el fanatismo, los futuros desastres, y los peligros inminentes, que las doctrinas del conde acumulaban sobre la autoridad del trono y la tranquilidad de la monarquía.—Este partido se llamó *GOLILLA*, epíteto á la verdad significativo, en cuya aplicacion se nos antoja ver cierta tintura del sarcástico espíritu volteriano.

Organizadas así las fuerzas beligerantes, bien pronto se empeñó una lucha encarnizada, tomando la iniciativa, como era de inferir, el partido aragonés, y encargándose el irritado conde de hacer la declaracion de guerra.—Ninguno sin embargo menos á propósito.—Tenaz, impetuoso, intolerante y fuertemente contrariado, á la primer ocasion de combatir cometiò la imprudencia de desplegar de golpe todo su plan de ataque, invadiendo precisamente por el flanco mas peligroso, que era ofender el amor propio del monarca, insultando á Grimaldi en su presencia.—El buen conde no se contentó con menos que llamar á este el ministro mas inepto y adulator, que habia tenido jamás España, lo cual era tanto como ponerse en contradiccion con el bondadoso Carlos, que tenia depositada su confianza entera en el autor de aquella alianza medio política, medio doméstica, conocida bajo el nombre de *pacto de familia*, y que se complacia el rey en considerar como un simple negocio entre pariente y pariente. Aranda, una vez dado tan imprudente paso, se dejó arrastrar completamente de su ruda franqueza, llevándola hasta el punto, que nos revela el desatento diálogo, que se cuenta haber sostenido en cierta ocasion con el rey.—Proponiale varias reformas, que S. M. no aprobaba, y mas irritado acaso por suponer esta negativa producto de las influencias de Grimaldi que por la negativa misma, insistió en defender sus proyectos con tan irreverente porfía que cansado el rey le dijo: “eres mas testarudo que una mula aragonesa.”—Debió conocer Aranda en este lenguaje extraño á la habitual moderacion de S. M. que toda réplica seria entonces tan inútil á su objeto presente, como dañosa á su ulterior fortuna; pero pudiendo mas en él su amor propio ofendido que el interés de su causa, repuso: “perdone V. M., que conozco otro mas testarudo que yo.”—Quién es?—«La sacra real magestad de Carlos III.»—Semejante contestacion, que para un rey no muy lejano de nuestros dias habria sido quizás una gracia digna de sus peligrosos favores, fué para Carlos III lo que debia ser, una insolencia, que no hubiera bastado sin embargo á triunfar de su indulgente tolerancia, si Aranda no hubiera llevado su inoportuna osadía al extremo de solicitar el restablecimiento de los fueros de su patria.—Petición por otra parte muy fácil de explicar,

si consideramos el sistema de ideas estravagantemente populares, que debió su autor aprender durante el apostolado filosófico, que se encargó de convertir los tronos en cadalsos, y los hombres en fieras.—No es aquí ciertamente donde nosotros hallamos nada contradictorio: lo que sí nos es imposible razonar de una manera satisfactoria, es el singular contraste que en los tiempos que mencionamos, ofrecia la distinta posicion de la corona y la nobleza en Francia y en España.—Allí la segunda agrupada en derredor de la primera, compartiendo con una lealtad digna de mejor suerte sus peligros y sus temores: aquí la nobleza representando las ideas de la revolucion, y hostilizando abiertamente al trono y á sus hechuras.—Tan monstruoso fenómeno, inconcebible en política, solo puede hallar su explicacion en el examen de las humanas pasiones.... Lo que importaba á Aranda y á la nobleza que formaba su partido, era oponerse al contrario... este era realista,—aquel hubiera sido hasta jacobino: como de estas peripecias vemos muy frecuentemente los hombres de ahora.

En fin, el conde se empeñó en dar tan suelta rienda á sus irascibles humores, y se dió á aborrecer y á combatir tan sin rebozo ni precauciones, que agobiado él con su partido por desaires continuos y resistencias invencibles, presentó su dimision de Presidente del Consejo y Capitan General de Castilla la Nueva en 1773—la cual para mayor tormento de su vanidad le fué admitida sin reparo ni demora.

Cuando Grimaldi vió ya á su enemigo fuera del poder, pensó naturalmente en alejarlo de sí cuanto le fuese posible.—Por su voto lo habria tal vez condenado á un destierro; pero su odio nunca podia ser tan grande como la gratitud de Carlos III, que jamás olvidaria haber debido á Aranda el restablecimiento de su dignidad hollada por las turbas en el motin de 1766, y posteriormente una gran parte de la gloria de su reinado. Así es que lejos de castigarlo con un rigor verdaderamente injusto ó con un desvío inmerecido, lo destinó á la embajada de Francia, donde contaba con antiguas simpatías y numerosos amigos.

Pero Aranda no era hombre de olvidar fácilmente una ofensa, y menos todavía de abandonar un empeño.—Delicado hasta el extremo, y aragonés hasta la médula, hizo firme resolucion de seguir luchando con su antagonista donde quiera que estuviese, y llegó á París, comenzó á desacreditar la administracion de Grimaldi con la corte de Francia, seguro de que el desagrado de esta no tardaria en hacerse sentir al lado del hijo de Felipe V.—No perdió su tiempo ciertamente, pues tan triste opinion hizo formar á los ministros franceses del descuidado Grimaldi que llegaron aquellos á desdeñar entenderse con él, comunicando solo con Aranda los asuntos de interés; y éste que no perdonaba medio de justificar semejante desvío, ofreció al ministro español como inmediatamente responsable del desgraciado éxito que habia obtenido la expedicion contra Argel de 1775.—Esta fatal empresa que costó á nuestro ejército cuatro mil hombres fuera de combate, y que amenazó destruir nuestra marina, promovió las acusaciones del vulgo predispuesto ya contra Grimaldi, que encontrando su eco en la corte francesa por el activo conducto del conde, decidieron la caída de aquel, é hicieron concebir á éste esperanzas de sustituirle, que no carecian de fundamento, teniendo como tenia por protector al príncipe de Asturias (después Carlos IV) que se habia mostrado inclinado á su favor en el consejo, adonde por su calidad concurría.—Pero Carlos III cuyo destino parecia el tener que renunciar al apoyo de cuanto amaba, y que si bien sacrificaba noblemente sus afecciones á las exigencias de la opinion, reparaba siempre con piadosa mano las derrotas de sus favoritos, dió á Grimaldi la eleccion de su sucesor, y este designó á Florida-Blanca, que se hallaba á la sazón en Roma.—Aranda y sus partidarios tuvieron que ceder á la voluntad del monarca, no sin que la defraudacion de sus esperanzas dejase de prevenirlos en contra tambien de Florida-Blanca, que tenia lo menos de malo para ellos el ser hechura de Grimaldi.

Mientras Aranda continuaba preparándose en la corte francesa su nueva ascension al poder en la corte española, no descuidaba los verdaderos intereses de su patria.—En 1783 fué el encargado de arreglar definitivamente la paz con Inglaterra; y después de



haber exigido en vano con un empeño digno de su puesto y de su nombre la restitucion de Gibraltar, tuvo que ceder á la esperanza de obtenerla en mejor ocasion, y contentarse con la cesion de las dos Floridas, de Menorca y la soberanía territorial de Honduras, que quedaron consignadas á favor de España en aquel pacto llamado de París, el primero por cierto en que ganaba algo el cetro de Carlos V desde el siglo XVI. —Pero no todas las ocupaciones de Aranda eran tan serias en la corte galante de Luis XVI y de Robespierre. —Tambien el buen conde se divertia en dar funciones de toros á los franceses, probándoles que en siendo españoles, hasta sus criados (que no eran sino toreros disfrazados con su librea) eran hombres de dar en tierra con el mas tremendo bicho de Jarama. —La aristocracia del barrio de S. German se divertia admirablemente, mientras sus pácificos vasallos se disponian á llevarla á la linterna al compás de los discursos de Mirabeau y de los aullidos de Marat.

La Francia de los Capetos pasó á poder de la Convención, y Aranda tornó á su patria, donde le esperaba una triste espiacion de sus pasadas imprudencias, al par que una brillante corona de su honrada sinceridad.

Carlos III habia subido á la morada de los justos despues de haber pasado por el purgatorio de los débiles, legando á la España su malogrado *pacto de familia*, y por apéndice á Carlos IV. Este á su vez recibia á Florida-Blanca como herencia de su buen padre, y Maria Luisa se preparaba á librarse de Florida-Blanca, que tenia para ella el imperdonable defecto de ser un buen español y limpio de vergonzosas impurezas, al paso que lisonjeaba páficamente las esperanzas de Aranda, rival como hemos ya insinuado, de aquel virtuoso ministro. —Dejóse prender inocentemente el aragonés en los lazos de la reina y sin prever siquiera los sinsabores que le amenazaban, aceptó en 1792 un ministerio, que iba á mostrarle claramente el crater del volcan que hervia en el centro del palacio, y al favorito audaz y presuntuoso, que iba á hollar sus venerables canas. —Aquel don Manuel Godoy decimos, de célebre recuerdo, que apoderándose esclusivamente del dominio de la corte y del supremo gobierno, arrancó en breve de manos de Aranda un poder fugitivo y transitorio, relegándolo al panteon de los consejeros de Estado, donde figuraba como decano.

Reunióse esta respetable corporacion con asistencia del rey el 14 de marzo de 1794 para decidir si en virtud del *pacto de familia* se estaba en el caso de seguir tomando parte en la coalicion contra la república francesa. —Aranda llevaba escrito su dictámen, que nos ha sido transmitido literalmente, y que fue el acta de la injusta acusacion y el solo origen de los bárbaros procedimientos, que emponzonaron sus últimos dias. —Comenzaba protestando en aquel documento sus nobles intenciones y la sinceridad de su juicio con las siguientes palabras: «Nos olvidariamos de nuestras obligaciones, sino hablásemos con religiosidad, con honor, con claridad y pureza; y mas que estas calidades nos dispongan á sufrir desvíos desagradables, pues el tiempo es fiador de las buenas intenciones de los corazones puros, que no se dan á lisonjas, ni se arredran por los manejos del espíritu de partido. Ninguna variedad de opiniones es acusable, cuando el hombre dice libremente su persuasion interior, sin adulaciones ni complacencias serviles, que tengan por objeto agradar.» —Semejante preámbulo era ya una acriminacion sobrado directa á sus poderosos enemigos, al paso que revelaba lo persuadido que estaba su autor de que la franqueza de sus opiniones iba á acarrearle graves oposiciones y terribles odios. —No podian aquellas sin embargo, ser mas racionales. —«Públicamente se dijera que de nacion á nacion ni de corona á corona, no hay derecho de ingerirse recíprocamente en los sistemas de gobierno interior... Por parte de España, la guerra actual no es de Estado á Estado, ni se hace por sus intereses, sino por el de su soberano, que se cree obligado á ella por consideraciones de parentesco y amistad.... Causa que no es ciertamente de aquellas por las que se haya de aniquilar un reino, porque primero debe ser el bien de los hijos propios, como son los vasallos, que el ensalzamiento de una rama por solo parentesco....» —A estas razones políticas, de incontestable fuerza, en nuestro sentir, añadia el noble consejero otras muchas razones militares expresivas de la ventaja que

llevaba á nuestras tropas el ejército francés tan aguerido ya como entusiasmado; y recordaba el éxito desfavorable, que la anterior campaña habia tenido para los españoles. —En resumen, fundaba su negativa «en que la guerra no era justa; que aun en caso de serlo, no era útil, conveniente, ni necesaria, pues lejos de resultar de ella interés á la España, otros habrian de ser los que sacáran el provecho: y últimamente, que no era escusable haber entrado voluntariamente en tan grave empeño, no hallándose la nacion en situacion favorable para salir airosa de él.»

Asi es como se atrevia el honrado aragonés á desafiarse el ánimo preocupado de Carlos IV, y la vanidad ofensiva de su favorito Godoy. —Nosotros, jóvenes que aun no tenemos el corazon bastante corrompido para negar la sancion de nuestro entusiasmo á estas valientes expansiones de una intencion pura, no nos atrevemos á asegurar que Aranda cometia un exceso de franqueza al enunciar asi sus opiniones ante hombres, que maliciosa ó fanáticamente lo tenian por demasiado afecto á la revolucion francesa. —Lo que si aseguraremos desde luego, es que no habia razon en Godoy para encolerizarse estrepitosamente y decir al rey, cuando se acabó de leer el dictámen. «Señor, ese es un papel, que merece castigo, y al autor de él se le debe formar causa.» —«El respeto á la presencia del rey, contestó Aranda indignado y sorprendido, moderará mis palabras, que á no hallarse aquí S. M. yo sabria cómo contestar á semejantes espresiones.» —y el bravo aragonés enseñaba los puños al barbilindo ministro. —«Espónganseme, añadió reportándose, los errores de ese sentir, y procuraré dar mis razones, ó retractarlas, cuando oyese otras mejor fundadas...» Pero allí no se trataba ya de razones; ¿cuándo las ha oido el odio? —La polémica se extendió mas de lo justo, haciéndose cada vez mas acerba é irreverente hasta acabar en decir el conde á Godoy ensoberbecido y doblemente procax con el asentimiento del monarca á sus insultos: «Señor duque (Godoy lo era ya de Alcudia) sabria yo someterme á todo proceso con serenidad. —Fuera de este procedimiento judicial, todavía tengo, aunque viejo, corazon, cabeza y puños para lo que puede ofrecerse.»

Una hora despues de esta sesion escandalosa, que, de paso sea dicho, abona otras muchas sesiones que hemos visto en nuestros dias escandalizar á los antiparlamentarios, ya marchaba el conde de Aranda desterrado á Jaen, dejando en poder del gobierno sus papeles, que fueron escrupulosos y malignamente registrados. —Las autoridades de esta ciudad encargadas bajo severas prevenciones de espiar al noble proscrito como si fuera un malvado, obedecieron á la voz de su conciencia mas ilustrada que la del rey y mas recta que la de su favorito, y lejos de molestarlo en nada, le guardaron todas las atenciones debidas á su alta clase, á sus insignes méritos y á su honrosa desgracia. —Pero el que hallaba en el seno del pueblo tan justa acogida y tan grata absolucion, no cesó de excitar los recelos de la corte, que, dos meses despues de los sucesos referidos, halló pretexto para renovar su acta de acusacion en unos papeles pedidos por el conde á su casa en Madrid, y en cuyo inocente contesto se cebó la suspicacia de sus perseguidores hasta el extremo de obligarlo á solicitar del rey se le formase causa para juzgar sus actos. —Y como si ya la bajeza de la corte no hubiera puesto bastante en realce la dignidad de su victima, accedieron á esta peticion, trasladándolo en calidad de preso á la Alhambra para recibir los cargos que le resultasen. —El tenor de los que se le dirigieron, fué tan insidioso y maligno como era necesario que fuese dirigiéndose contra un reo tan justificado... Y esta es por cierto la ocasion de manifestar un contraste bien inexplicable. Mientras la corte se afanaba con toda la premura de la envidia y toda la malicia del rencor en acumular cargos sobre el inocente Aranda, la inquisicion, aquella inquisicion, que habia estado á pique de perecer á sus manos, rechazó la acusacion, que la corte quiso llevar contra el mismo á su tribunal, por encontrarla infundada.

Tantas vejaciones y tantas ingratitudes unidas á los naturales achaques de la vejez, alteraron la salud del conde, produciéndole en la prision un ataque apoplético el día 15 de setiembre del mismo año. —Amanesada entonces la cólera de sus verdugos, le permitieron ir á los baños de Alhama y despues á Sanlúcar de Barrameda, desde cuyo punto, siendo testigo de

los males, cuya realizacion habia pronosticado á costa de su libertad, partió á Aragon su patria, despues de haber obtenido el olvido, sino la absolucion de sus jueces y acusadores.

Establecióse el conde en Epila para dejar á su muerte ocurrida allí en 9 de enero de 1798 un testimonio eterno de su generosidad, nobleza é ilustracion en las escuelas gratuitas debidas á su munificencia, y en la multitud de desgraciados, que iban á pagar con lágrimas sobre su tumba los frecuentes beneficios que debieron á su piadosa mano.

Cumpliendo, como hemos podido, el deber que nos impusimos, creemos haber juzgado al conde de Aranda en el discurso de nuestro artículo. —Pésanos siempre haber de encerrar nuestros pensamientos en los límites de un periódico; pero ahora tenemos la seguridad de que mas hábiles y autorizadas plumas que la nuestra van á ocuparse en juzgar á otros hombres no menos estimables de la época que hemos recorrido, y á quienes de antemano y con permiso de nuestros colaboradores, creemos filosófico aplicar el principio que nos ha servido de guia al trazar la vida del conde de Aranda. —Cuando abdicando un pais su nacionalidad, encomienda á los vecinos el examen de los principios sociales y el ensayo de sus consecuencias; cuando pasada para un pueblo la hora de su preponderancia en el mundo físico y moral, se resigna con la suerte de los imitadores, y se encierra en el estrecho círculo de los remedos, hallaremos en su historia alguna aplicacion feliz de un pensamiento importado, algun hombre acreedor á nuestro respeto y gratitud, pero ninguna idea verdaderamente original; pero ningun individuo verdaderamente genio.

GAVINO TEJADO.

## LOS TRES MARIPOS BERRADOS.

NOVELA

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

ADVERTENCIA.

El Padre Fr. Gabriel Tellez, religioso mercenario, conocido generalmente por el pseudónimo de *el Maestro Tirso de Molina*, disfráz que adoptó en casi todos sus escritos, publicó en el año 1621 un volumen titulado: *Los cigarrales de Toledo*, en cuya obra supone que reunidos ciertos caballeros y damas para divertirse obsequiándose recíprocamente y por su turno en las casas de campo inmediatas á aquella ciudad, representan comedias y refieren anécdotas varias. Menos una, todas aquellas narraciones son del género grave, para el cual no era el ingenio de Tellez tan acomodado como para lo festivo: así es que ni la inventiva ni la elocucion de las primeras las hacen recomendables, al paso que la sola que pertenece al género cómico, está discretamente combinada, y escrita en un lenguaje tan lleno de amenidad, viveza y soltura, que puede compararse con el del Quijote. Tiempo há que mi afición á la lectura de nuestros autores antiguos me sugirió el pensamiento de reimprimir esta novelita con otros escritos que formasen un tomo regular, porque para publicarla suelta era corta, y el tomo entero de los *Cigarrales* no seria muy leído si se reprodujera, pues realmente no tiene de bueno mas que tres comedias (dos de las cuales salieron en el teatro escogido de Tirso) y este fragmento, que aun arrancado de allí no deja de ser obra completa. El fin de la proyectada publicacion era recordar á los editores amantes de nuestra gloria literaria que existe un buen número de novelas cortas de no poco mérito, escritas en el siglo XVII, las cuales, habiéndose agotado las ediciones, se hallan tan ignoradas como esta del público; y convendria mucho mas el volverlas á la luz, que imprimir malas traducciones de malos originales, que no sirven sino para corromper el idioma, el gusto y algo que vale mas. Parte de mi buen deseo la he visto ya realizada con la reimpresion que se está haciendo del *Lazarillo de Tormes* y *La Garduña de Sevilla*, publicaciones ambas cuyo esmero y lujo honrarán á las prensas españolas; sin embargo, nunca está demas



el hacer un recuerdo por otro lado: y el emplear á este fin las columnas de un periódico tan generalizado como el LABERINTO, me parece que es el medio mas eficaz y oportuno.

Esta novela (que en los *Cigarrales* no lleva título) no es precisamente original del maestro Tirso de Molina; pero en justicia tampoco puede señalársele autor: comprende tres de esos cuentos nacidos entre las tinieblas de la edad media y que han pasado de boca en boca hasta que un autor eminente ha echado después mano de ellos y les ha dado su nombre. Tirso pudo muy bien haber leído en el *Decameron* de Boccaccio un lance sustancialmente el mismo que le sucede al celoso Santillana; pero pudo también haberlo oído por la tradición á causa de haberse difundido tales cuentos por toda Europa: de cualquier modo que sea, ello es que si Tirso lo imitó de Boccaccio, mejoró notablemente la idea, quitándole toda la parte indecente é inmoral que tiene en la colección del novelista italiano, y aventajándole, á mi modo de ver, en el gracejo de la narrativa.

Mucho debió de agradar la novela de Tirso en España, porque mas adelante la sacó de los *Cigarrales* un tal Isidro de Robles, y la reimprimió con otras diez, calificándolas á todas de ejemplares, nuevas, nunca vistas ni impresas, y compuestas por diferentes autores, los mejores ingenios de España. El descaro con que llamaba *nunca vista ni impresa* á una obra que todo el mundo podía haber á la mano, es cosa que no debe aturdirnos, porque mentiras y robos de esta especie eran muy comunes en España: la indolencia de los autores y la ignorancia de los censores, tenían la culpa. Isidro de Robles la bautizó con el nombre de *Los tres maridos burlados*, título que le cuadra perfectamente, y con este ha corrido en las diversas reimpresiones que se han hecho de ella: con el mismo se reproduce ahora, suprimiendo en los primeros renglones un paréntesis bien largo, relativo á la ciudad de Toledo, el cual estaria bien en boca del personaje que referia la novela en el *Cigarrales*; pero sacada de allí, no hace buen efecto. En lo demas, no ha sufrido mas alteracion que la de acomodarla á nuestra actual ortografía.

J. E. HARTZENBUSCH.

#### LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

En Madrid vivían pocos tiempos há tres mujeres hermosas, discretas y casadas: la primera con el cajero de un caudaloso genovés, en cuyo servicio ocupado siempre, tenía lugar de asistir en su casa solamente los medios días á comer, y las noches á dormir: la segunda tenía por marido á un pintor de nombre, que en fé del crédito de sus pinceles, trabajaba mas había de un mes, en el retablo de un monasterio de los mas insignes de aquella corte (1), sin permitirle sus tareas mas tiempo que al primero, pues las fiestas que daban treguas á sus estudios, eran necesarias para divertir melancolías que la asistencia contemplativa de este ejercicio comunicaba á sus profesores: y la tercera, padecía los celos y años de un marido que pasaba de los cincuenta, sin otra ocupacion que de martirizar á la pobre inocente, sustentándose los dos de los alquileres de dos casas razonables, que por ocupar buenos sitios les rentaban lo suficiente para pasar, con la labor de la alligida mujer, con mediana comodidad la vida. Eran todas tres muy amigas, por haber antes vivido en una misma casa, aunque ahora habitaban barrios no poco distantes; y por consiguiente los maridos profesaban la amistad, comunicándose ellas algunas veces que iban á visitar á la mujer del celoso; porque á la pobre, si su marido no la llevaba consigo, era imposible poderles pagar las visitas; y ellos los días de fiesta, ó en la comedia, ó en la esgrima y juego de argolla, andaban de ordinario juntos. Un día, pues, que estaban las tres amigas en casa del celoso, contándole ella sus trabajos, la vigilancia impertinente de su marido, las pendencias que le costaba el día que salía á misa (que con ser al amanecer y en su compañía, aun de las puntas del manto, porque la llegaban á la cara, tenía celos), y ellas compadeciéndose de sus persecuciones la consolaban; habiendo venido los suyos, y estando merendando todos seis, concertaron para el día de san Blas, que se acercaba, salir al sol y á ver al rey, que se decía iba á nuestra Señora de Atocha aquella tarde: y por ser en día de jueves de compadres, llevar con qué celebrar en una huerta allí

cercana la solemnidad de la fiesta, que aunque no está en el calendario, se solemniza mejor que las de Pascua: habiendo hecho no poco en alcanzar licencia, para que la del celoso necio se hallase en ella. Cumplióse el plazo y la merienda, después de la cual asentadas ellas al sol (que le hacia apacible) oyendo muchas quejas de la mal maridada, y ellos jugando á los bolos en otra parte de la misma huerta; sucedió que reparando en una cosa que relucia en un montoncillo de basura á un rincón de ella, dijese la mujer del celoso: «¿válgame Dios! ¿qué será aquello que brilla tanto?» Miráronlo las dos, y dijo la del cajero: «ya podría ser joya que se le hubiese perdido aquí á alguna de las muchas damas que se entretienen en esta huerta semejantes días.» Acudió solícita á examinar lo que era la pintora, y sacó en la mano una sortija de un diamante hermoso y tan fino que á los reflejos del sol parece que se transformaba en él. Acodiciáronse las tres amigas al interés que prometia tan rico hallazgo; y alegando cada cual en su derecho, afirmaba que le pertenecía de justicia el anillo. La primera decía que habiéndolo sido en verle, tenía mas accion que las demas á poseerle; la segunda afirmaba que adivinando ella lo que fué, no había razón de usurpársele; y la tercera replicaba á todas que siendo ella quien le sacó de tan indecente lugar, hallando por experiencia lo que ellas se sospecharon en duda, merecía ser solamente señora de lo que le costó mas trabajo que á las demas. Pasára tan adelante esta porfia que viniendo á noticia de sus maridos pudiera ser ocasionaran en ellos alguna pendencia sobre la accion que pretendia cada una de ellas, si la del pintor, que era mas cuerda, no las dijera: «señoras, la piedra por ser tan pequeña y consistir su valor en conservarse entera, no consentirá partirse: el venderla es lo mas seguro, y dividir el precio entre todas, antes que venga á noticia de nuestros dueños y nos priven de su interés, ó sobre su posesion riñan y sea esta sortija la manzana de la discordia; pero ¿quién de nosotras será su fiel depositaria sin que las demas se agravien, ó haya segura confianza de quien se tiene por legitima poseedora de esta pieza? Allí está paseándose con otros caballeros el conde mi vecino: comprometamos en él (llamándole aparte) nuestras diferencias, y pasemos todas por lo que sentenciare.» «Soy contenta», dijo la cajera; «que ya le conozco, y fio de su buen juicio y mi derecho que saldré con el pleito.» «Y yo y todo», respondió la mal casada; «pero ¿cómo me atreveré á informarle de mi justicia, estando á vista de mi escrupuloso viejo, y siendo el conde mozo, y ciertos los celos, con el juego de manos tras ellos?» En esta confusa competencia es-



taban las tres amigas, cuando diciendo que pasaba el rey por la puerta, salieron corriendo sus maridos entre la demas gente á verle; y aprovechándose ellas de la ocasion, llamaron al conde, y le propusieron el caso, pidiéndole la resolución de él, antes que sus maridos volviesen, y el mas celoso llevase que reñir á casa; poniéndole la sortija en las manos, para que la diese á quien juzgase merecerla. Era el conde de sutil entendimiento, y con la cortedad del término que le daban, respondió: «Yo, señoras, no hallo tan declarada la justicia por ninguna de las litigantes, que me atreva á

quitársela á las demas; pero pues habeis comprometido en mí, digo, que sentencio y fallo que cada cual de vosotras, dentro del término de mes y medio, haga una burla á su marido (como no toque en su honra); y á la que en ella se mostráre mas ingeniosa, se le entregará el diamante, y mas cincuenta escudos que ofrezco de mi parte, haciéndome entre tanto depositario de él. Y porque vuelven vuestros dueños, manos á la labor, y adios.» Fuése el conde, cuya satisfaccion abonó la seguridad de la joya, y su codicia las persuadió á cumplir lo sentenciado. Vinieron sus maridos, y porque ya la cortedad del día daba muestras de recogerse, lo hicieron todos á sus casas, revolviendo cada cual de las competidoras las librerías de sus embelecadores, para estudiar por ellos uno que la sacase victoriosa en la agudeza y posesion del ocasionador diamante.

El deseo del interés, tan poderoso en las mujeres, que la primera, por el de una manzana, dió en tierra con lo mas precioso de nuestra naturaleza, pudo tanto en la del codicioso cajero, que habiendo sacado por el alquitara de su ingenio la quinta esencia de las burlas, hizo á su marido la que sigue.

Vivia en su vecindad un astrólogo, grande hombre de sacar por figuras los sucesos de las casas ajenas, cuando quizá en la propia, mientras él consultaba efemérides, su mujer formaba otras, que criándose á su costa le llamaban padre. Este, pues, tenía conocimiento en el del vecino contador, y deseos no tan lícitos, cuanto disimulados de ser su ayudante en la fábrica del matrimonio. Había la astuta cajera caládose los pensamientos; y aunque por ser ella tan estimadora de su honra cuanto el amante entraba en días, se lo rechazaba; quiso en la necesidad presente valerse de la ocasion y aprovecharse de sus estudios; para lo cual mostrándosele menos intratable que otras veces, le dijo que para cierto fin ridículo, con que queria regocijar aquellas carnestolendas, le importaba hiciese creer á su marido que dentro de veinte y cuatro horas pasaria de esta vida á dar cuenta á Dios de la que hasta entonces había mal empleado. Prometiéndole contento de tenerla gustosa, sin inquirir su pretension; y mientras ella llamando al pintor amigo y celoso necio, concertó con ellos lo que habían de hacer para colorear este disparate, persuadiéndolos que era para regocijarse con semejante burla en días tan ocasionados para ellas; haciéndose el astrólogo en contradicho con el ignorante cajero, que cansado de pagar letras se venia á acostar, le dijo: «Mal color traeis, vecino: ¿sentís acaso alguna mala disposicion en vos?—Gracias al cielo, le respondió, si no es el enfado de haber contado hoy mas de seis mil reales en vellón, no me he sentido mas bueno en mi vida.—La color á lo menos, replicó el astrólogo, no conforma con vuestra satisfaccion: dadme acá ese pulso.» Díoselo turbado el ignorante vecino, y arqueando las cejas, con muestras de sentimiento amigable, el cauteloso embelecador, dijo: «vecino mio, cuando yo no haya sacado otro fruto del conocimiento de los cursos celestes, sino el que se me sigue de avisaros de vuestro peligro, doy por bien empleados mis desvelos. Para estas ocasiones son los amigos; no lo fuera yo vuestro, si no os avisara de lo que os conviene y menos cuidado os dá: disponed de vuestra hacienda y casa, ó lo que importa mas, de vuestra alma; porque yo os digo por cosa infalible, que mañana á estas horas habreis experimentado en la otra vida, cuánto mejor os estuviere haber ajustado cuentas con vuestra conciencia, que con los libros de caja de vuestro dueño.» Entre turbado y burlon le respondió el moscatel: «si este juicio sale tan verdadero como el pronóstico que del año pasado hicisteis, todo al revés de como sucedieron sus temperamentos, mas larga vida me prometo de lo que imaginaba.»—Ahora bien, replicó el astrólogo, yo he cumplido en esto con las leyes de cristiano y amigo: haced vos lo que mejor os estuviere; que yo sé que no llevareis queja de mí al otro mundo, de que no os avisé pudiendo.» Y dejándole con la palabra en la boca, echó la calle arriba.

Turbado y confuso guió á su casa el amenazado cajero, tentándose por el camino los pulsos y mas partes de donde podía temer algun asalto repentino y mortal; pero hallándolo todo en su debida disposicion, y no siendo el crédito del adivinante muy abonado, medio burlándose de él y medio temeroso, entró en su casa, y sin decir nada á su esposa por no darla pena, pidió de cenar, que le trujo ella muy diligente, habiendo conjeturado de sus acciones que ya se había dado principio á aquel estratagema. Comió poco y mal, y diciéndole le hiciesen la cama, se comenzó á desnudar, suspirando de cuando en cuando: preguntóle lo que tenía, fingiendo sentimientos amorosos la codiciosa burladora; á que satisfizo fingiendo disgustos con el genovés, que le habían desazonado. Consolóle ella lo mejor que supo, acostáronse, y fué aun menos el sueño que la cena; notando ella, aunque fingia dormir, cuán buenas disposiciones se iban introduciendo para el fin de sus

(1) Dice aquella porque esta narracion se hace en una casa de campo cerca de Toledo.



deseos. Madrugó mas de lo ordinario, algo descolorido, y acudiendo á su ejercicio acostumbrado, fueron de suerte las ocupaciones de aquel día, que no pudo ir á comer á su casa, dándose en la del genovés su amo. Al anochecer, cuando se tornaba á su posada, estaban á la esquina de una calle, por donde fuerosamente habia de pasar, el teniente de su parroquia y otro clérigo con dos ó tres hombres prevenidos por el pintor á instancia de la dicha cajera, diciendo cuando llegaba cerca de ellos, fingiendo no verle, y de modo que pudiese oírlos: «lastimosa muerte por cierto ha sido la del malogrado Lucas Moreno» que así se llamaba el escuchante. «Lastimosa» respondió el otro clérigo, «pues sin sacramentos ni otra prevencion cristiana, le hallaron muerto en su cama esta mañana, estando su mujer, que le amaba tiernamente, de puro dolor cerca de hacerle compañía.—Lo peor es, dijo otro del corrillo, que el astrólogo su vecino afirma que se lo avisó ayer; y haciendo burla de su pronóstico, sin desmarañar las trampas que los de su oficio traen entre manos, se dejó morir como una bestia.—Dios tenga misericordia de su alma, replicó el cuarto, que es de quien podemos tener compasión; que la viuda con dote queda, de lo que quizá él ganó mal, con que asegundar el matrimonio:—y vámonos á acostar, que hace mucho frío.» Iba el pobre Lucas Moreno á satisfacerse de ellos, y saber si habia otro de su nombre que se hubiese muerto aquel día; pero ellos, de industria, dándose las buenas noches, se desaparecieron dejándole con la turbación que puede imaginar. Caminó confuso adelante, y en una calle antes de la suya, halló al astrólogo hablando con el pintor, que en viéndole venir dijo como que proseguían la plática de su muerte: «no me quiso creer á mí cuando ayer le dije que se habia de morir dentro de veinte y cuatro horas: hacen burla los ignorantes de la evidencia de la astrología; tómese lo que le vino; que yo sé que esta es la hora en que está bien arrepentido de no haberme dado crédito.» Respondió el pintor: «era notablemente cabezudo el malogrado de Lucas Moreno, y no poco gloton: debió de comer alguna fiambre genovesa, y daríale alguna apoplejía. Dios le tenga en su gloria, y consuele á su afligida mujer; que cierto que habemos perdido un buen amigo.» No pudo sufrirlo el confuso cajero, y llegándose á ellos les dijo: «señores, qué es esto? ¿quién me hace las honras en mi vida, ó tomando mi forma se ha muerto por mí? que yo bueno me siento gracias á Dios... Echaron á huir entonces los dos, fingiendo espantosos asombros, y diciendo á voces: «¡Jesus sea conmigo! ¡Jesus mil veces! El alma de Lucas Moreno anda en pena; alguna restitucion pide que hagamos de su hacienda, por la que debe de haber mal ganado. Conjúrote de parte de Dios que no me sigas, sino que desde donde estás me digas qué quieres,»—dejándole con esto á pique de sacarlos verdaderos, segun el sobresalto que le causó tan apoyada mentira. Prosiguió medio desmayado y sin pulsos hasta cerca de su casa; y junto á ella vió al amigo celoso que fingia salir de ella, y le estaba esperando para acabar de desatinarle. Hízosele el encontradizo, y al emparejar con él, volvió dos pasos atrás, y haciéndose cruces dijo: «¡ánimas benditas del purgatorio! ¿es ilusión la que veo, ó es Lucas Moreno difunto?—Lucas Moreno soy, pero no esotro, amigo Santillana,» dijo el asombrado mentecato: «¿de qué os santiguais, ó cuándo me he muerto yo para hacer tantos aspavientos?» Asíóle entonces de la capa, porque no huiese; y él dejándose en las manos, se fué dando gritos, santiguándose y diciendo: «abrenuncio, espíritu maligno; no debo á Lucas Moreno sino seis reales que me ganó á los bolos el otro día; pero *quod non ponitur, non solvitur*: si vienes por ellos, vende esa capa, que no quiero trabacuentas con gente del otro mundo.» Fuése huyendo con esto, quedando nuestro Moreno tan pasmado, que faltó poco para no dar consigo en tierra. «Alto: no hay mas; yo debo de haberme muerto,» decía entre sí muchas veces: «Dios debe enviarme á esta vida en espíritu, para que disponga de mi hacienda, y haga testamento. Pero ¿válgame Dios! si me morí de repente, ¿cómo no ví á la hora postrera al demonio, ni me han llamado á juicio, ni puedo dar señal ninguna del otro mundo? Y si soy alma, y el cuerpo quedó en la sepultura, ¿cómo estoy vestido, veo, toco y uso de los sentidos corporales? ¿Si he resucitado? Pero si fuera así, ¿no hubiera visto u oído algún ángel que de parte de Dios me lo mandara? Mas ¿qué sé yo de lo que se usa en el otro mundo? Puede ser que me hayan otra vez revestido de primera carne, y no se acostumbre allá hablar con escribanos; y como mi oficio es de pluma, tendrán por caso de menos valer tratar con gente de trabacuentas. Lo que yo veo es que todos huyen de mí y me tienen por muerto, hasta los que son mis mayores amigos; y segun esto debe de ser verdad. Pero si dicen que el mas amargo trago es el de la muerte, ¿cómo no la he sentido ni me ha dolido nada? Las repentinas deben

de entrarse sin duda por una puerta y salirse por otra, sin dar lugar al dolor para hacer su oficio. Pero ¿si fuese alguna burla de mis amigos...? que el tiempo es acomodado para ellas, y hasta ahora ninguno de los que me encuentran por la calle hace aspavientos de verme sino son ellos: ¡válgame Dios por muerte tan á poca costa!» Haciendo estos discursos desvariados llegó á su casa, y hallándola cerrada, llamó con grandes golpes. La noche entraba fría y oscura, y la cavilosa mujer estaba prevenida de lo que habia de hacer y avisada de lo que habia pasado. Tenia sola una criada en casa, habiendo de industria enviado dos leguas de allí con un recado fingido á dos criados que vivian en ella: la moza era tan gran bellaca como su señora, y en oyendo llamar, respondió con una voz lastimada: «¿quién está ahí?—Abreme, Casilda,» dijo el difunto vivo. «¿Quién llama, replicó, á esta hora en casa donde solo vive el desconsuelo y la viudez?—Acaba ya, necia, volvió á decir, que soy tu señor: ¿no me conoces? Abre, que llorviza y hace mas frío del que permite este lugar.—¡Mi señor, respondió ella, ¡pluguiera á Dios! Ya le pudre la tierra; ya está en parte donde por lo que sabia de cuentas le habrán hecho cajero mayor del infierno, que allí todas se pagan á letra vista, si Dios no ha tenido misericordia de su ánima.» No pudo entonces impaciente sufrir tantas verificaciones de su muerte; y así dando un puntapié al postigo, que no estaba para aguardar otro, quebrando la aldaba le abrió, huyendo la criada y dando las voces que los demas que habia



encontrado en la calle. Salió á ellas la mujer en hábito de viuda recoleta, fingiéndose alborotada; y en viéndole, se cayó desmayada diciendo: «¡Jesus! qué veo!» Faltó poco para no hacer lo mismo el asombrado marido, y tuvo por infalible que estaba muerto. Con todo eso, en pago de las muestras de sentimiento que en su mujer habia visto, la llevó en brazos á la cama, desnudándola y echándola en ella, que aunque lo sentia todo, se daba por medio difunta. La moza se encerró en otro aposento, disimulando la risa y vendiendo miedos que no tenia. En fin, el pobre ánima en pena, sin averiguar si comian ó no los del otro mundo, abrió un escritorio y dió tras una gaveta de bocados de mermelada, acompañándola con bizcochos y ciruelas de Génova, que ayudó á pasar con los empellones de una bota, cuya alma le habia infundido la Membrija: pareciéndole que no era tan trabajosa la otra vida, pues hallaban tal ayuda de costa los que caminaban por ella. Dióse tan buena maña nuestro Lucas Moreno en fortalecer el corazón desfallecido con el cordial remedio, que cogiéndole algo flaco y desvanecido con las ilusiones burlescas, y subiéndole el licor de Noé, si no á las barbas á la cabeza, se halló en la gloria de Baco, desnudándose á zancadillas y echándose al lado de la que todavía disimulaba su desmayo y se tragaba la risa, con no poca resistencia de ella, que reventaba por salir. En fin se acostó entre desmayado y lo otro, embistiendo el sueño con aceros vinosos; que no hay tal jarabe de adormideras como el que saca un lagar. El durmió hasta la mañana soñando purgatorios, infernos, y glorias; y entre tanto vinieron los burlones amigos á informarse de lo que pasaba de la criada, y celebraron la buena eleccion que el difunto habia he-

cho, amortajándose por de dentro de pies á cabeza con las telas que teje Baco. Amaneció viendo que todavía estaba durmiendo su marido la cautelosa cajera, y se levantó y vistió de gala, enviando fuera de casa el monjil viudo y las hipócritas tocas; compuso la cara de fiesta, y volviendo á la cama, despertó al aparente finado, diciéndole: «¿hasta cuándo habeis de dormir, marido mio? ¿Aun no se han digerido los humos con que anoche os acostasteis?», Estremecióle los brazos, tirándole de las narices; con que dando bostezos volvió en sí; y viendo á su mujer tan compuesta, la cara de regocijo y sin los lutos y llanto de la noche pasada, admirado de nuevo dijo: «Polonia, ¿adónde estoy? ¿Haste tú tambien muerto como yo, y en fé del amor que me tenias en el siglo y te ha sacado de él, vienes á celebrar en este mundo nuevo segundas bodas? ¿De qué enfermedad ó cómo salí de la otra vida? que vive Dios (si en esta se puede jurar) que no sé cómo me he muerto ni á qué parte me ha echado el cielo. ¿Hay camas y aposentos por acá? ¿Vendese vino y bizcochos? ¿Qué arriero me trajo mi escritorio? que yo anoche saqué de él provision bastante á consolar la soledad que sin ti sentia por estos paises no conocidos.—¡Buen humor, respondió la astuta fisona, acrian en vos, marido mio, las carnestolendas! ¿Qué chilindrinas son esas? Acabad, levantaos; que ha enviado á llamaros el genovés dos veces.—¿Luego no estoy muerto ni me enterraron ayer? replicó él.—«En vos á lo menos, respondió entonces ella, debió de enterrarse anoche el alma de nuestra bota, segun está de macilenta, pues decís esos disparates.—Si las almas se entierran, Polonia de mi vida, volvió á decir, es verdad que anoche la hice las honras; pero ya yo lo estaba en la parroquia, lastimado el teniente, tristes nuestros amigos, llorando Casilda y enlutada vos.—Acabad agora de ensartar chanzas,» replicó ella, «que os llama nuestro genovés.—¿Luego tambien los hay acá? preguntó él: «no debo yo estar en carrera de salvacion, pues puedo ir donde habitan cambios (1) y se hospedan trampistas.—Dejémonos de pullas,» dijo Polonia, «y levantaos de ahí, que parece que hablais de veras, y estais echando bernardinas (2).—Mujer, por nuestro Señor, respondió Lucas Moreno que há veinte y cuatro horas que estoy muerto, y no sé cuántas enterrado: preguntádselo á Casilda, al teniente-cura de nuestra parroquia, al pintor nuestro amigo, á Santillana el celoso, al astrólogo nuestro vecino, y á vos misma viuda anoche y enlutada, y agora á lo que imagino, muerta como yo; que si no me acuerdo mal, anoche os llevé sin pulsos ni aliento á la cama, y os debió de costar el espanto de vermela vida; y sin saber como, de la suerte que yo, estais en esta y no lo acabais de creer.—¿Qué tropellas son estas, marido mio? dijo la fingida turbada. «Anoche ¿no nos acostamos buenos y sanos? ¿Qué entierros, difuntos ú otros mundos son estos? Casilda, llámame al astrólogo nuestro vecino, que tambien es médico, y nos dirá lo que le ha dado á mi buen Lucas Moreno; que estas mujercillas con quien trata le deben de haber trastornado el seso.» No sabia qué se decir el atronado marido, ni si estaba loco, muerto ó vivo, ni la mujer podia sacarle de que era espíritu que volvía á poner orden en su hacienda. En esto entraron los dos ayudantes de la burla, y refiriendo ella lo que pasaba, le afirmaron (no sin reirse) de que estaba no solo en este mundo, pero en Madrid y su casa, y que si daba todavía en sutema pararia en la del Nuncio. Vino luego el astrólogo, llamado de la criada, y afirmó que el desvanecimiento de sus libros de caja y cuentas le tenían barrenado el cerebro; con que él consolado de que vivía y airado de que le tuviesen por loco, les dijo: «Pues si es verdad que no estoy muerto, ¿de qué sirvieron los espantos y conjuros con que ayer huísteis de mí, haciéndos mas cruces que tiene una procesion de penitentes?—¿Vos me visteis ayer á mí? replicó el astrólogo ¿Cómo puede eso ser, si estuve encerrado todo el día en mi estudio levantando figura sobre descubrir los ladrones de una joya de diamantes?—Yo á lo menos, dijo el pintor, no salí del monasterio donde trabajo, hasta las once de la noche.—Pues yo, acudió el viejo, tampoco ví ayer la calle, ocupado en despachar un propio á la montaña mi tierra.—Peor está que estaba, dijo él, casi loco de veras. Vos, señor vecino, ¿no me dijisteis anteayer por la noche, que segun la mala color, los indicios del pulso y pronóstico de vuestras figuras, habia de morirme dentro de veinte y cuatro horas?—¿Yo? replicó él, pues ha mas de cuatro dias que no nos vemos y agora salís con eso! Volved en vos, señor Lucas Moreno, que lo debeis de haber soñado esta noche.—Como ello sea sueño y no pura verdad, replicó, yo haré la costa del martes de carnestolendas, en albricias de la vida que no sé si tengo.—Acetamos la fiesta,

(1) Cambistas, girantes.

(2) Mentiras, bolas.



respondieron todos; y para que os acabeis de desengañar, vestíos y vamos á oír misa á la parroquia: veréis lo que puede en vos la imaginación vehemente. Hízolo así el incrédulo finado;—y para no cansaros, le sucedió lo mismo con los clérigos que vió el día pasado tratar de su entierro, que con los demás amigos. Ríyéronse y diéronle picones, que por no hallarse con caudal para sufrirlos, le obligaron después de haber cumplido con el convite, á que se ausentase de Madrid á negocios del ginovés por quince días, dando en ellos lugar al olvido que en la corte sepulta brevemente todos los sucesos por peregrinos que sean: dejando concertado su mujer con todos los participantes en la burla no dijese el misterio de ella á su marido, sino que le persuadiesen á que fué sueño, temerosa de que no hiciesen sus espaldas la costa.

(Continuará.)

## POESIA HISTORICA.

## LA JOYA VENDIDA.

1485.

## ROMANCE PRIMERO.—EL MERCADER.

Triste el ademan y hundido  
en meditacion profunda,  
que tal vez algun sollozo  
de cuando en cuando conturba,

Don Gutierre de Padilla,  
que de Calatrava ilustra  
las cruces, siendo el clavero  
de mas elevada alcurnia,

Está en la mas alta torre  
de Alhama, y ansioso busca  
en su mente algun remedio  
que sus males disminuya.

Ya el corazon le acongoja  
ver que el ancha vega inundan  
los ginetes de Zaléa,  
que le escarnecen é insultan.

Y que las puertas del muro  
sus caballeros no cruzan,  
sin que á cada paso arrosten  
mil fieras escaramuzas.

Ya el ánimo valeroso,  
cual peso enorme, le abrumba  
la muerte de los guerreros  
que Audalla inmoló á su furia;

Haciéndole aun mas terrible  
la amarga pena y la angustia  
saber la atroz arrogancia,  
con que de sus restos triunfa (1).

Y sin cesar anhelando  
borrar la mancha, que anubia  
la cruz de su orden excelsa,  
con mil pensamientos lucha;

Cuando Muñoz, el valiente,  
que de su amistad disfruta,  
y don Pedro de Alvarado,  
con quien el deudo le ajunta,

Entrando al par en su estancia  
con gran sigilo le anuncian  
que un moro de humilde porte  
hablarle al punto procura.

Consintió Padilla; y luego  
mostrando entereza suma,  
entró en la estancia un muslime  
de colosal estatura.

Un cuévano entretejido  
de blancos mimbres y murtas,  
que sus riquezas contiene  
lleva en la espalda robusta.

Cadenas, dijes, perfumes,

joyas de esquisita hechura,  
chales de vistosas sedas,  
aderezos, ricas plumas,

Presentándose á la vista  
de un golpe, al par la deslumbran;  
y muestran que no es su dueño  
hombre avezado á esta industria.

Pues sin tener cuenta el moro  
con sus ganancias, saluda  
misterioso á don Gutierre  
y estas palabras pronuncia:

—Permitidme, caballero,  
que á solas hable con vos:  
que en estando así los dos  
vender una joya os quiero.

—De joyas no he menester,  
replicóle el de Padilla:  
á las haces de la villa  
las puedes ir á vender.

—Por la fé del que espiró  
en la cruz, que no os hagáis  
sordo á mi voz, ni creáis  
que vengo á engañaros yo.

Porque la joya que vendo  
es de precio tan alzado  
que tan solo á vos es dado  
comprarla, segun entiendo.

Mas si no atendeis, señor,  
á mi súplica humildosa,  
no es bien que os diga otra cosa,  
ni que os muestre su valor.—

Y notando don Gutierre  
que en aquel lenguaje oculta  
algo de nuevo y de extraño,  
con que á escucharlo le impulsa,

A sus caballeros hace  
una señal oportuna,

y así, quedando ya solos,  
al mercader le pregunta:

—¿Cuál es esa joya, dí,  
que me pretendes vender?

—Puedo ya hablar á placer,  
sin que alguien me escuche?—Sí.

—Bien, señor: ¿qué me dareis  
si yo os entrego á Zalea,  
en donde el pendon ondea,  
que vos tanto aborrecéis?

—¿Tú! ¿piensas tal vez, cuitado,  
que estoy falto de razon  
para no ver la traicion,  
que esconde tu hablar malvado?

—O acaso necio has creído  
que se le oculta al clavero  
el espíritu guerrero  
de su alcaide no vencido?....

Mas.... ¿para tan árduo empeño  
con quién cuentas en la villa,  
que en el nombre de Castilla  
me haga de sus torres dueño?

—Tengo, señor, un hermano,  
que es jefe en su guarnicion:  
con oro.... no hay torreón,  
que se resista al cristiano.

—¿Luego entonces por el oro  
haces traicion á tu rey,  
renunciando así á la ley,  
que respeta el pueblo moro?

—A entrambos renuncio yo:  
porque mi sangre es cristiana  
y cautiva castellana  
la madre, que el sér me dió.

—¿Su pueblo el mio de hoy mas  
será, y su fé la fé mia!..

—Qué pruebas, saber queria,  
de serme fiel me darás?

Pues si me eres tan leal  
como al dueño de Zaléa,  
juzgo que esta trama sea  
urdida para tu mal.

—Es el alcaide un tirano  
que en público me agravió:  
juréle venganza y nó  
la satisfizo aun mi mano.

—Basta: en este punto mismo  
á tu venganza me atengo,

porque en ella mas fé tengo  
que en tu novel cristianismo.

## ROMANCE SEGUNDO.—EL PAGO.

Cercado de los varones,  
que la cruz de Calatrava  
sobre su costado ostentan,  
siendo claro honor de España,

Don Gutierre de Padilla  
prudente y cauto relata  
la ventajosa propuesta  
que el moro de hacerle acaba.

Y con maduras razones,  
que honran sus ilustres canas,  
las dificultades pesa  
de empresa tan arriesgada.

Mas de Zaléa triunfando,  
espera que torne Alhama  
á ser el terror del moro,  
que hora sus campos arrasa;

Y que limpios sus escudos  
del borron que los empaña,  
brillen otra vez radiantes,  
cual sol que las nubes rasga.

Suspendió al fin don Gutierre  
con inalterable calma  
la plática que dirige  
á sus compañeros de armas,

Y en alta voz respondiendo,  
á un tiempo todos esclaman:

¡caiga el turbante en Zaléa!...  
¡Castilla y la cruz!... ¡venganza!...

Y alzándose entre los bravos  
Gutierre Muñoz de Azagra,

lento de entusiasmo ardiente,  
prorrumpe en estas palabras:

—Tiempo es ya, los caballeros,  
de lavar la roja mancha  
que echó en nuestras limpias cruces  
el vil y soberbio Audalla.

Tiempo es ya: y pues quiere el cielo  
brindarnos con esta hazaña,  
no hay retardar un instante  
á honroso cabo llevarla!...

Que en vuestros semblantes nobles  
la victoria está pintada:

¡volémos, sí!... El de Padilla,  
vos sois de esta empresa el alma!—

Y advirtiéndole don Gutierre  
el entusiasmo que inflama  
las mentes de sus guerreros  
al punto resuelto manda

Que todos los campeones  
apresten caballos y armas,  
la media noche fijando  
para expedicion tan árdua.

Tal como en oscura noche  
suele alzarse en las montañas  
tempestad feróz y horrenda,  
que sorda crece ignorada,

Hasta que ascendiendo al cielo  
por las selvas se derrama  
y en tronar tremendo y ronco  
mil trisulcos rayos lanza,

Que los aires encendiendo  
llenan de pavor las almas  
y cuanto en su embate encuentran  
destruyen con ruda saña:

Así el valiente clavero  
saliendo de las murallas  
del castillo, que afanoso  
con sus caballeros guarda,

Con tal silencio atraviesa  
por mil angostas cañadas,  
que ni aun respirar se escucha  
por donde sus huestes pasan;

Y dando sobre Zaléa,  
que al sueño yace entregada,  
con cien jóvenes bizarros  
los fuertes muros asalta.

Todo es pavor, todo es sangre,

(1) Entró Muley Audalla en Granada, como en triunfo: delante iban los once caballeros de Calatrava; después de estos, los noventa caballos, que se habían cogido, llevando las armas y arreos de sus anteriores dueños; en seguida venían setenta moros á caballo, llevando colgadas de los arzones otras tantas cabezas de cristianos: detrás de estos cabalgaba Muley, rodeado de muchos caballeros principales, ricamente ataviados, y por último cerraba la comitiva una multitud de vacas, ovejas y otros despojos, ganados á los cristianos.

(ZURITA, ABRCA, MARIANA, IRVING.)



todo furor y venganza  
en el vendido castillo  
de el adarve á la esplanada.

Su alcaide y sus nobles todos  
murieron en la batalla,  
y ni un hombre solo lucha  
en defensa de su patria.

Mientras tanto que el clavero  
en las altas torres planta  
los pendones castellanos,  
que mece sùtil el aura.

Y resuenan en la villa  
entre las turbas cristianas  
mil vivas estrepitosos,  
que tan alto triunfo aclaman.

Apenas con dulce tinta  
doró los muros el alba  
de la rendida Zaléa,  
que en sangre yace anegada,

Y el valeroso Padilla,  
presentándose en las plazas  
de los guerreros seguido  
de mas ilustre prosapia,

Que busquen al moro ordena,  
que dióle en la villa entrada,  
para pagarle en buen oro  
la venta, que hizo en Alhama.

Empero largos instantes  
en vano ansioso le aguarda;  
que de él en la villa toda  
no hay quien nueva alguna traiga.

Tiendas, palacios, mezquitas,  
bazares y humildes casas....  
en todas partes le buscan,  
y en parte alguna le hallan.

Y ya cansado el clavero  
abandona la esperanza  
de dar el premio debido  
á su traicion y su infamia;

Cuando entre la alegre turba  
sordo rumor se levanta,  
oyéndose "¡el moro! el moro!...  
¡plaza al moro! ¡plaza! ¡plaza!..."

Pálido, sus grandes ojos  
como centellantes brasas  
do quiera inciertos girando  
do quier lanzando amenazas;

Tardo el andar y en los hombros  
el cadáver de una dama,  
teñido de negra sangre,  
que su rostro bello mancha,

Se dirige hácia el clavero  
con la mentirosa calma,  
que ostentan los turbios mares,  
cuando á bramar se preparan.

Y llegando á su presencia  
el yerto cadáver lanza  
á los piés de don Gutierre,  
y así furibundo esclama:

—Ves ese cadáver frío,  
ves esa trunca flor....  
pues ella el único amor  
era y el encanto mío.

Y mientras que yo valiente  
por tus cruces peleaba  
y furioso derramaba  
sangre de mi propia gente;

Tu soldadesca sin freno  
con su vil planta la holló  
y bárbara desgarró  
su blanco y mórbido seno.

Un nombre ilustre manché  
siendo traidor y perjuro,  
cuando te vendí ese muro,  
cuando feróz le asalté;

Porque su alcaide liviano  
puso los ojos en ella  
y osado pensó ofendella,  
como orgulloso tirano.

Por ella también tu ley  
ansioso intenté abrazar  
y para siempre olvidar  
la que venera mi grey.

Que era cristiana, y bastóme  
para serlo también yo,  
que su amor me concedió  
y días de encanto dióme.

Mas ya que su frente hermosa  
está sin color y yerta;  
ya que á mi voz no despierta,  
cual otro tiempo, amorosa,

Y que los mismos cristianos,  
verdugos de la belleza,  
con tan lasciva fiera  
deshojaronla inhumanos,

Y en vez de ser caballeros  
amparo de las doncellas,  
feroces gozaron de ellas  
como infames bandoleros,

Yo de tus cruces maldigo,  
y maldigo de tu fé,  
y del instante en que hablé  
la vez primera contigo.

Y pues no puedo vengar  
en tus haces descreídas  
tantas ofensas sufridas,  
tan vil y torpe ultrajar;

Airado en tí saciaré  
la horrenda furia espantosa,  
que en mi corazón rebosa,  
y así venganza tendré. —

Y sacando de su seno  
corva gúmbia afilada  
veloz sobre don Gutierre,  
cual furia infernal se lanza.

Mas ágil el de Padilla  
el golpe funesto pára,  
y revolviendo el estoque  
en el corazón lo clava

Del furibundo africano,  
que por el suelo se arrastra  
y en convulsiones de infierno  
su pecho sangriento rasga;

Aun frenético anhelando  
en su satánica rabiá  
clavar el cortante acero  
do quier que su brazo alcanza.

RUINAS DE ITALICA y diciembre de 1841.

J. A. DE LOS RIOS.

## ESTUDIOS HISTORICOS.

### APUNTES

#### SOBRE LA SUPRESION DE LA ORDEN DEL TEMPLE, EN LA CORONA DE ARAGON.

##### ARTICULO PRIMERO.

Consideraciones generales.—Felipe el Hermoso y Clemente V, ligados contra los Templarios.—Estado de la civilización europea en el siglo XIV.—Cartas del rey de Francia y del dominico Zabrugera á D. Jaime II de Aragón.—Delitos de que se acusaba á los Templarios.—Orden del Temple en la corona de Aragón.—Niega D. Jaime á perseguir á sus individuos.—Correspondencia sobre el asunto.—Varía el monarca de resolución.—Examen de las causas que pudieron influir en su ánimo.—Real orden del 1.º de diciembre de 1307.

¿Fueron inocentes ó culpables los Templarios franceses que Felipe el Hermoso y Clemente V, de común acuerdo, condenaron á perecer corporalmente en las llamas, y en lo moral deshonrados por crímenes horrendos? La historia de aquella aterradora catástrofe no se ha escrito aun con la diligencia é imparcialidad convenientes, para que la verdad desnuda de todo velo ilumine la tenebrosa oscuridad del sangriento proceso.

¿Qué importan las confesiones de las víctimas, si las arrancaron las cuerdas del potro? «De lo que dije en el tormento responderá el verdugo,» exclama un personaje en cierto drama del señor Martínez de la Rosa; y en verdad que es difícil expresar, con mas laconismo y energía, cuán absurdamente bárbaro era convertir la antorcha de la verdad en instrumento de suplicio. «De lo que los

templarios dijeron en el tormento responderá el verdugo,» repetimos nosotros.

Es, por otra parte, probable que una reunión numerosa de hombres, hijos todos de familias nobles, educados en los principios de la religión católica, amantados con las máximas del honor caballeresco, y que voluntariamente consagraban sus personas al servicio del templo, se entregara en masa y por constitución á sacrilegios nefandos, á vicios que subvierten el orden de la naturaleza?

Que la sociedad del Temple, como todas las instituciones humanas, aun las mas santas en su origen, degenerase de su primitivo instituto; que al celo ardiente y á la fé pura sucedieran el espíritu de corporación y las ambiciosas miras; que las riquezas acumuladas en demasia, y el poder temporal, imprudentemente confiado á sus manos, relajasen la regla; y que, acaso, la molición y los voluptuosos placeres del Oriente entraran en los conventos del Temple con los caballeros que de Palestina se retiraron los últimos, y que ciertamente, no debían de ser muy ascéticos, todo eso es desdichadamente posible, y á mas de posible nos parece probable; por manera que, separándonos de los que considerando el asunto en el mundo de las ilusiones é indignados justamente con lo horrible de la persecución y martirio de los templarios, quieren que estos fuesen víctimas inmaculadas; y mas lejos todavía de la opinión contraria que los presenta cual monstruos de impiedad y corrupción, opinamos que al comenzarse el XIV siglo era llegado el caso de una reforma severa en la orden del Temple, tal vez de su disolución, pues ya no tenía objeto; mas parecemos, así mismo, la manera en que fué suprimida indigna de pueblos civilizados, abominable olvido de las máximas evangélicas, justísima la pública voz, cuando clama anatema contra los implacables perseguidores de los malaventurados caballeros, y á ella unimos nuestros débiles acentos.

Los verdaderos crímenes de los templarios á los ojos de Felipe de Francia, y de los demás monarcas que le imitaron, fueron su poder, su riqueza, cada día mayores, y entonces tales que el ceño á veces se encontraba ligero puesto en balanza con el ábaco del gran Maestre. La lucha entre la aristocracia y el trono, que en España había de terminar Fernando el Católico y en Francia Richelieu, comenzaba ya á encarnizarse, acaso sin que los reyes tuvieran aun designio, clara y distintamente concebido, de acabar con el poderío de los próceres, indudablemente sin que estos imagináran lo que tardó mas de dos siglos en acontecer: su anulación completa en el sistema político.

Por instinto, sin embargo, y obediendo á las secretas miras de la Providencia, el poder de los monarcas iba extendiendo lenta y constantemente sus límites, como el mar ensancha los suyos á expensas de las playas que lo aprisionan; y los altos nobles perdiendo hoy una porción, al parecer insignificante, de sus privilegios, mañana otra de mas importancia, á la manera también con que las arenas de la orilla son sucesivamente por las olas del Océano arrebatadas. Entre tanto un poder inmenso, el del Pontífice romano, no solo tenía la balanza entre aquellos rivales, sino que los dominaba y en realidad los dirigía á su arbitrio. En la iglesia estaba vinculado, en la época á que nos referimos, el saber humano. ¡Qué mucho que, casi sin excepcion, triunfara de la fuerza material!

Acreditadas entonces en Europa las creencias que hoy graduamos de supersticiosas, brujos y hechiceras eran calamidades que se juzgaban reales y efectivas. La muchedumbre de heregias, en que el espíritu de controversia y el furor de la argumentación tuvieron, con frecuencia, mas parte que el error del entendimiento ó la perversidad del alma, engendró á su vez en los ánimos la desconfianza; y en cuanto salía de la trillada senda imaginaban los pueblos ver abominaciones de los heresiarcas. Perseguidos y vilipendiados los judíos con singular encarnizamiento, ó en desquite cometieron en secreto sacrilegas profanaciones y horrendos crímenes, ó por lo menos, de entrambos extremos fueron acusados, y en la vulgar opinión convictos; por manera que continuamente temblaban los cristianos por las prendas que mas amaban en la tierra, por los objetos que mas venera su culto. En resumen: intolerancia sin límites por parte de los ortodoxos; lujo de heréticos principios en los disidentes; tendencias de centralización, aun mal definidas, en los monarcas; insubordinación y turbulencia en los magnates; excesiva preponderancia del elemento teocrático; y supersticiosa ignorancia en las masas, tal era el estado de la sociedad en el XIV siglo de la era cristiana, estado que conviene tener presente al juzgar el acontecimiento que nos ocupa, pues de hacerlo con nuestras modernas ideas, y sin tomar en cuenta las circunstancias de aquella época, incurriríamos en notable absurdo.

No es de nuestro propósito referir la ruina de la orden del Temple en Francia, sino tratar, aunque ligera-



mente, sus consecuencias en la corona de Aragón que, como todos saben, comprendía además del reino de ese nombre, los de Valencia y Murcia, y el Principado de Cataluña.

Las miras de Felipe el Hermoso no se limitaban á concluir en sus estados con los templarios: quería la ruina completa de la orden; y políticamente hablando hacia bien: con enemigo poderoso no hay medio, ó respetarle ó acabar con él de un solo golpe. Así es que, inmediatamente, después de la prisión de todos los caballeros que residían en sus dominios (1307), escribió al rey de Aragón, Jaime II entonces, una carta en latín, como era costumbre en aquella época, en la cual le exhorta á que, imitando su ejemplo, haga encarcelar á todos los templarios de la corona de Aragón; y en apoyo de su proposición, así como para justificar sus providencias, no omite el francés la importantísima circunstancia de haber en todo obrado de acuerdo con el Santo Padre... Felipe conocía su siglo. ¿Por qué tanta violencia? Según el rey de Francia, motivos había más que suficientes para proceder contra los supuestos culpables. «Hise descubierto (dice) que os son reos de varios delitos, á saber: que en la profesión de cada uno de los hermanos de la orden, ó en su recepción que hacen secretamente, el hermano «precibido», teniendo ante sí la cruz de nuestro Señor Jesucristo, le niega á la faz de su divina imagen, «vice qualibet conspuendo. Recipiens insuper, exultando taliter recepto vestis, osculatun receptum, primò in «fine spinæ dorsi subitus balteum, secundò in umbilico «tertio verò in ore; nec non recepto præcipit quod si «quis ex suis fratribus sibi coluerit carnaliter commissum, hoc sustinere debeat, ex eo quod ad hæc Estatutis ordinis teneatur.»

Nuestros lectores apreciarán las razones que nos mueven á dejar en lengua latina las últimas frases citadas de la carta de Felipe, á la cual siguió en breve otra de Fr. Remeo Zabrugera, dominico, que entonces era uno de los catedráticos de filosofía de la Universidad de París, y que escribió al rey de Aragón, no solo confirmando cuanto el de Francia alegaba contra los templarios, sino añadiendo además por su parte, que aquellos caballeros en sus capítulos generales adoraban como creador y redentor de todas las cosas á un ídolo que consistía en una cabeza ó busto barbado, ya de plata maciza, ya de otra materia chapada del mismo metal.

Es de notar que ya en este escrito, fecha á 27 de octubre, víspera de la festividad de san Simón y Judas, se menciona como prueba de los crímenes imputados á los templarios, la confesión que de ellos hicieron el gran maestro Jacobo de Molai y algunos otros caballeros en los dos días anteriores 25 y 26 del mismo citado mes. Fué la prisión de todos los individuos de la orden el 13; doce días después el tormento forzaba á sus víctimas á mancharse á sí mismas; y sin más intervalo que el de veinte y cuatro horas se noticiaba al rey de Aragón aquel suceso, que en la mente de los perseguidores no podía menos de decidirle á entrar en sus miras. Doce días fueron bastantes para que la justicia se decidiera á emplear todo su rigor contra una comunidad respetable, rica, poderosa, llena de gloria; contra una comunidad á un tiempo aristocrática y religiosa. ¿Puede estar más patente la resolución, de antemano formada, de condenar en todo evento á los procesados? ¿Y la prisa con que el dominico Zabrugera acude con las fatales nuevas á don Jaime, no es prueba clarísima del plan irrevocablemente acordado para acabar de una vez con la orden del Temple en todo el orbe cristiano?

Y obsérvese que es un religioso y un religioso dominico el que con respecto á España toma la iniciativa en el asunto. Los regulares detestaban á los templarios por lo que estos tenían de tales, y por la supremacía que les daba su carácter militar; la nobleza porque con los privilegios aristocráticos acumulaban las inmunidades eclesiásticas; los monarcas porque la orden era un estado independiente en medio de sus estados. Hé aquí la explicación del odio universal; he aquí por qué la sociedad vió indiferente consumarse en la persona de aquellos caballeros uno de los mayores crímenes que la historia consigna en sus páginas. Hemos hecho notar que el padre Zabrugera pertenecía al orden de Predicadores, porque en la circunstancia, al parecer no importante, de ser un miembro de aquella congregación el que primero unió sus esfuerzos á los de Felipe el Hermoso para que allende el Pirineo se extendieran los efectos de la persecución, hay una muestra bien clara de la tendencia de la orden de santo Domingo á constituirse en tribunal religioso, tendencia que comenzó á desarrollarse en Francia y en España contra los albigenses, y que produjo al cabo en la Península el establecimiento de la inquisición.

Volviendo á nuestro asunto, la sorpresa de don Jaime fué extremada al recibir las mencionadas cartas. La orden del Temple estaba hacia muchos años extendida

en sus dominios; rica, poderosa y respetada siempre, hubo un tiempo, para ella de inmenso esplendor, en que Alfonso el Batallador, muerto sin hijos (1134), creyó que no era absurdo nombrarla en su testamento heredera de aquellos reinos. Verdad es que estos, negándose con justicia y razón á tan extraño capricho eligieron para sucesor del difunto monarca á Ramiro el Monge; pero, como quiera que sea, el hecho del testamento es una prueba irrecusable de la alta importancia de los caballeros del Temple en la corona de Aragón, y por eso lo hemos citado. En los dos siglos que entre Alfonso el Batallador y Jaime II transcurrieron, lejos de perder, fué la orden ganando en crédito; y, ya se condujeran sus individuos en Aragón con más prudencia y recato que en otros países, ya las guerras en que constantemente se hallaban entonces empeñadas las monarquías españolas, por una parte dieran valimiento con los reyes á tan valientes soldados como los templarios lo eran, y por otra preservasen á estos de la ociosidad muerta y perniciosa indolencia que en Francia facilitó su ruina, lo cierto es que las sugerencias de Felipe y de Zabrugera fueron en las formas más que tibiamente acogidas, y en realidad rechazadas.

«Asómbrame, decía el rey de Aragón contestando al de Francia, que se acuse á los templarios de tan horrendos delitos.»

¿Y cómo no había de asombrarse, en efecto, de acusación tan absurda? Y cuenta que los aragoneses, gente por demás severa, naturalmente poco sufrida, y no fácil de engañar por cierto, si los templarios hubieran flaqueado entre ellos, no aguardarían ajenos consejos para hacer pronta y cabal justicia de los delinquentes.

Pero los caballeros no habían delinquido, en aquellas tierras por lo menos. Don Jaime lo dice en su carta: don Jaime elogia la cristiandad, valor y lealtad de los soldados del Temple: don Jaime añade terminantemente: «De ningún modo procederé á su aprensión hasta que me consten con certidumbre sus crímenes.» Y tan laudable resolución hubiera salvado á los templarios aragoneses, pues sus pretendidos delitos no podían jamás probarse ante un tribunal compuesto de jueces imparciales. Mas el rey de Aragón concluía: «Hasta que me conste con certidumbre de sus crímenes ó el papa me lo mande»: y esa última frase encierra una sentencia condenando á los acusados, pues Clemente V era el principal motor de la persecución.

Dos días después de haber escrito al rey de Francia, esto es, en 13 de noviembre de 1307, lo hizo el aragonés al pontífice, pidiéndole instrucciones en la materia: pero Clemente, en 22 de noviembre y, por consiguiente, antes de recibir el despacho de don Jaime, se había anticipado á los deseos de éste, comunicándole lo acaecido en Francia y su resolución de examinar seriamente el negocio. Si así, desapasionadamente, lo hubiera hecho, ni la humanidad tuviera que llorar un crimen mas, ni en la historia pesara sobre su nombre una mancha indeleble: pero de otra manera lo tenía resuelto la Providencia, impenetrable en sus altos designios.

Decía, pues, Clemente V al rey de Aragón que convenia procediese con todo sigilo y en un mismo día á la captura de todos los templarios sus vasallos; que inventariase sus bienes y cultivase sus tierras á espensas de la orden, teniendo todo en buena custodia hasta el fin del proceso, para entonces devolvérselos si se les hallaba inocentes ó aplicarlo á la Tierra Santa en caso contrario. Luego veremos la sinceridad con que se decía lo de devolverles las haciendas si fuesen absueltos.

Mientras así se cruzaban las misivas del rey al Papa y del Papa al rey, no estaban ociosos en la corona de Aragón ni los templarios, ni sus enemigos, á cuyo frente se pusieron, como de razón, los dominicos; según parece probable, aunque no consta, instigados por Zabrugera, si es que éste no fué simple agente de una trama fraguada de antemano y conducida hasta su fatal desenlace con tanta perseverancia como sigilo. Lo que sí resulta de los documentos que tenemos á la vista, y de una manera indudable, es que Fr. Juan Llotger, inquisidor de los dominios de don Jaime, y fray Guillermo de Aragón, entrambos de la orden de predicadores, se dieron tan buena maña y con tal actividad trabajaron el ánimo del rey, que el mismo que en 17 de noviembre reconocía altamente la inocencia de los acusados, y en 19 del mismo mes anunciaba al pontífice que antes de proceder en el asunto esperaría sus órdenes; variando súbitamente de resolución, nombró el primero de diciembre á don Raimundo Despont, obispo de Valencia, á don Ximen que lo era de Zaragoza, y al inquisidor hace poco mencionado, para que los dos primeros en sus diócesis respectivas, y el último en todo el reino, procediesen á inquirir en la causa de los templarios.

Por demás, casi, es decir que aceptaron su come-

tido los nombrados, mas á fuer de hombres previsores y que no querían que la presa se les huyese de entre las manos, cuidaron de hacerlo con protesta de que el brazo seglar había de auxiliarles en los procedimientos. Los templarios no eran personas con quienes sirviesen palabras blandas, como dice Cervantes; y así los obispos como el inquisidor se conoce que no querían limitarse á censuras puramente espirituales contra ellos.

Antes de proceder mas adelante con el discurso de nuestra relación, detengámonos á considerar la súbita mudanza ocurrida en la voluntad de don Jaime; porque la lectura de la historia no sería en realidad mas que pasatiempo agradable, si, limitándose á estampar simplemente los hechos, no desentrañara las causas que los produjeron.

Ya dijimos, al empezar este artículo, que el elemento teocrático tenía, en la época á que nos referimos, sobrada influencia en Europa, y ahora que lo recordamos no estará demás esplanar un tanto nuestro pensamiento. Nosotros creemos, no solo que la religión es el mas poderoso de todos los lazos sociales, sino además que es el único eficaz, el indispensable para dar consistencia, duración y vida á la sociedad. Creemos que, así como no hay familia posible, tampoco hay gobierno sin religión; la fé en una palabra, es á nuestro entender tan necesaria á la vida social, como el aire á la vida física. Mas al propio tiempo que tal creemos, firme y fundamentalmente convencidos de ello por el estudio de la historia de todos los pueblos y de todos los tiempos, estamos también persuadidos de que cuando los ministros de la religión en quienes, para el vulgo á lo menos, se personifica la religión misma, desatienden su primitivo instituto, como no pueden menos de hacerlo para influir en los negocios políticos de una manera directa y poderosa, aunque de pronto ganen riqueza y prestigio; en último resultado subvierten los estados, se pierden á sí mismos lastimosamente, y lo que es mas doloroso, perjudican con su conducta los intereses morales puestos á su cargo y especial cuidado.

No es ahora ocasión de enumerar los gravísimos inconvenientes que consigo llevan los gobiernos puramente teocráticos, punto de los mas áridos entre los sometidos al examen de la filosofía de la historia: bástenos haber explicado que, cuando nos lastimamos del excesivo influjo del clero en el gobierno, estamos al propio tiempo muy lejos, infinitamente lejos, de unirnos á los que quieren hacer palabras sinónimas de sacerdocio y oscurantismo, de los que quisieran reducir á los ministros del culto á la condición de ilotas.

Pero lo que nos importa es examinar la conducta del rey de Aragón, que á primera vista aparece de una versatilidad, de una inconsecuencia verdaderamente inconcebibles. Juzguémosle, sin embargo, en las circunstancias en que se hallaba; y si no le absolvemos, podremos por lo menos disculparle algun tanto.

Equitativo y generoso, siguiendo los impulsos de su corazón, don Jaime al ver acusados á los templarios, se niega á dar crédito á crímenes tales que en su entendimiento no caben; se niega aun mas á creer que hayan podido cometerlos los soldados del Temple; recuerda los antiguos y los recientes servicios de estos, sus triunfos, sus glorias, su lealtad; y en tal conflicto acude ¿á quién? Al padre comun de los fieles, al sucesor de S. Pedro, al vicario de Jesucristo en la tierra, juez competente en la materia, á la persona en fin, á quien debe suponer mas imparcial.

Sin motivo aparente vémosle á poco esgrimir el azote de la persecución contra los proscriptos caballeros. ¿Por qué tal variación? Su confesor era un fraile dominico; un fraile dominico también el inquisidor de sus reinos. Cuando la altivez de su orgullosa condición, el prestigio de su dictado de Conquistador, y su voluntad de hierro no eximieron á don Jaime el I de hacer pública, solemne y humillante penitencia ante un legado del pontífice romano; ¿habrá quién se atreva á condenar sin piedad á su nieto, porque cediese á los esfuerzos reunidos del director de su conciencia, del juez de la fé en sus estados, del alto clero, del teólogo Zabrugera, y del rey de Francia, en fin, que le escribía continuamente sobre el asunto?

Nosotros deplorando la situación difícil del rey de Aragón, y lastimándonos mas de la desdicha de los templarios, no nos atrevemos, sin embargo, á condenar á don Jaime, cuya conducta en todo el negocio de que tratamos manifiesta la repugnancia invencible que en su corazón tenía al tristísimo papel que se le hizo entonces representar.

La orden misma de 1.º de diciembre, mas que acto espontáneo, parece concesión arrancada por importunas y reiteradas instancias; pues en vez de ser un simple decreto con las formas ordinarias de cancellería, se expidió en presencia de los dos hermanos del rey, don Jaime Perez y don Juan, del confesor Fr. Guillermo,



de Gonzalo García y Artal Azlor, consejeros, y del vicecanciller Bernardo de Albacia, quienes la firmaron como testigos. Tanta solemnidad es una señal inequívoca de que don Jaime, poco tranquilo en su conciencia, quiso asociar á la responsabilidad moral que pudiera caberle por aquel acto, á las personas de mas cuantía é importancia que le rodeaban. El instinto del bien luchaba en vano contra la fatalidad de las circunstancias.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

## COSTUMBRES.

### UN VIAJE

#### A LAS PROVINCIAS VASCONGADAS.

ASOMANDO

LAS NARICES EN FRANCIA.

### ARTICULO I.

#### DE MADRID Á VITORIA.

Las mismas leguas, los mismos paradores y un trato tan malo como de Vitoria á Madrid. Los campos de la Mancha no tienen nada que envidiar á los desiertos de Egipto, y las llanuras de Castilla son poco menos que los desiertos de la Mancha. Verdad es, que el trigo da mas sombra que el azafran, pero el arbolado es género de contrabando en ambos paises.

Yo quisiera detenerme á examinar las causas del mal servicio y del poco agrado, ó de la rusticidad selvática mas bien, que se observa en casi todas las fondas del camino hasta que se pone el pie en Vitoria, y se deja uno servir, pues no hay mas que hacer, por las mozas del parador viejo; que así las dé Dios buena suerte, como es cierto que las hizo amables y bonitas. Pero seria tiempo perdido el que empleásemos en hablar de una cosa sabida ya por la generalidad de los lectores, que á fin de ayunar unos cuantos dias, ó por "imponerse para cuando la tengan" habrán viajado mas de una vez por esos campos de Dios; puesto que la mano del hombre no ha querido entrar en disputas con el Criador en ese asunto. Baste decir, que siendo cierto que nadie come cuando viaja por Cabanillas de la Sierra, Bahabon, etc., y no habiendo noticia de ninguno que haya muerto de hambre desde Madrid á Burgos, está probado que se pueden pasar treinta y seis horas sin probar bocado. Yo espero que cuando esas gentes se familiaricen, lo cual va largo, con los cubiertos de plata y los vasos de cristal, se mejorará mucho el servicio de los paradores; porque asustados aun de ver que cada viajero come en plato aparte y de que el agua se sirve en botellas y no en jarras, creen haber dado cima á la gran obra de la civilización moderna. Esto no obsta para que las mozas castellanas sirvan con mal modo pidiendo á renglón seguido *para alfileres*, con un gesto tan insufrible y tan brutal, como la rusticidad de sus bufidos. Pero ya se vé, los viajeros hacen cuestion de etiqueta y pundonor la que debiera serlo de estómago, y en vez de bajar del coche para comer, se bajan para pagar, y engañándose mutuamente y á escote todos, cada cual se resiente de por sí.

Cabanillas de la Sierra, está nueve leguas escasas de Madrid, y la ración de pan que en dicha fonda nos sirvieron, estaba á cuatro dias vista; y ni los dientes la aceptaron, ni hubo una mano siquiera que la protestase escalabrando con ella al que tuviese la culpa de semejante falta; tanto mas estraña, cuanto que los coches iban llenos todos los dias, y la ganancia era segura. La moza que servia, ó estaba para servir (bendito sea el *distingo* de los lógicos) la mesa, nos dijo con un tono, mitad mas brusco de lo que debiéramos haber sufrido, que éramos demasiado aquel, y muy melindrosos pa onde teníamos que il, y que en el lugar tuitos lo comian asina.

Razones mas duras que el pan y que la bestia que nos las dijo, eran las tales reconvenciones; pero echamos mano de la prudencia, (cosa mas necesaria que el pasaporte para viajar por esos pueblos de Castilla) y nos contentamos con decir á la dueña de la casa lo siguiente:—Mire Vd., señora: cuando se anda con-

quistando salvajes, se comen raices y hasta cortezas de árboles; porque *necesitas caret, de pavum trufadum*; pero cuando se viaja por recreo en el interior de España, no debe carecerse de los artículos de primera necesidad; como por ejemplo, el pan. Si Vds. lo cuecen por semanas, en Madrid lo fabrican dos veces al dia, y el mismo coche que nos ha traído en seis horas escasas, pudiera conducir el pan necesario para los viajeros, que hemos tenido el disgusto de perder dos horas y diez reales vellon en contra de nuestros estómagos y bolsillos. El ama nos contestó con menos modo; pero con mas autoridad que la criada, diciéndonos que esas eran gollerías, y que pan sobraba en su casa para dar un hartazgo á todos los madrileños. En lo cual tenia mucha razon, y así lo atestiguaba nuestra comida, que quedó de respeto para la diligencia de generales que llegase al dia siguiente.

Pusimonos de nuevo en marcha, decididos á entretener el hambre como mejor pudiéramos, aunque para ello fuese necesario pasar revista á los compañeros de infortunio que con nosotros viajaban; cosa muy sana, muy entretenida, y hasta conforme con la santa curiosidad; para cuyo pecado no hay antidoto posible en los viajes.—Ocupaba el interior, y ya me sé yo la causa de comenzar la visita por ese departamento, una señora rubia, mas sentimental y mas interesante que la mujer que la dió luz, y con su hija, sus narices y su sombrero negro, venia allí tambien; llenaban los cuatro asientos restantes, seis niños, menores todos de siete años, y hermanos de uno de pecho que en brazos de una robusta pasiega, y en la rotunda, completaba aquella dilatada familia, que iba en busca de su jefe, y á mí me hizo sospechar si se habria dado orden por el difunto ministerio de Fomento para trasplantar la Inclusa de Madrid á las montañas de Guipúzcoa. Mi sastre don Cayetano Fuentes y su esposa,

me ayudaban á ocupar la berlina, que ya que otros llevan ayudas de cámara y escuderos, bueno es que yo viaje con un sastre, y no por mí sino por mis trabillas; y en los cinco asientos restantes de la rotunda, iba entre otros el mayoral Prudencio, que ó se nos puso malo á la primer jornada, ó hubo de enamorarse de la pasiega; de cuya historia ni se me alcanza ni se me importa. Para creer lo primero, podria bastar que él lo dijese así; para sospechar lo segundo, era suficiente que el ama de cria no se bajase del coche en las paradas, so pretexto de no tener hambre, fenómeno increíble, si pasa á informes de los que hayan necesitado alguna vez de esos angelones para criar á sus angelitos. La señora rubia, madre de aquellos siete infantitos, hubo de excitar nuestras simpatías, ya que no por sus ojos azules, por la situación en que se encontraba, sacando al aire libre seis niños y un saco de noche, lleno de pañales y demas objetos infantiles en todas las paradas. Y así fué, que entre los escopeteros, el postillon y yo, cargábamnos con aquel plantel de la generacion venidera, formando almohadas y sillas altas, para acomodar los niños en derredor de las mesas, que hasta Burgos inclusive, valieron bien poco.

Motivos grandes debia tener aquella señora para viajar de aquella suerte, y yo no sé como fué el decirlo ella ó el preguntárselo nosotros; solo me acuerdo que nos dijo ser mujer de un empleado, y aunque ya no hubiésemos necesitado saber mas para comprenderlo todo, nos añadió que el ministerio Gonzalez habia mandado á su marido de jefe político á Sevilla; que el de Olózaga, le trasladó á Pamplona; que Gonzalez Brabo, le hizo intendente de Filipinas, y que cuando se hallaba en Cádiz para hacerse á la vela, le habian nombrado administrador de correos de San Sebastian.—Fortuna, interrumpí asombrado,

que su esposo de Vd. no tiene necesidad de entender de tan diversos ramos, porque no le dan tiempo para ensayarlos siquiera; pero siempre es una estorsion el andar de un lado para otro con tanta familia y...—Luego quieren que los empleados sean integros, exclamó la suegra del nuevo administrador de correos.—Pues hacen muy mal en exigir semejante fruslería, contesté yo; persuadido de que la vieja tenia mas razon para hablar así, que para no quitarse el calesin que llevaba á la cabeza ni aun para irse á la cama; dando lugar á que las mulas de los tiros se parasen á su lado, como esperando que las pusiesen en varas.

Con estas y las otras; esto es, con la conversacion y las mulas, atravesamos Somosierra, bebimos el agua esquisita de la rica fuente que se encuentra á un lado del camino, y dimos fondo en la venta de Juanilla, no sin haber incurrido en la grave



VISTA EXTERIOR DE LA CATEDRAL.



falta de preguntar para qué eran los postes blancos que marcan el camino, ó de qué color es la nieve que cae allí; pues aun teníamos por mas fácil que la nieve de Somosierra fuese negra, que no blancos

los postes que se habian de destacar de una masa blanca. Este defecto se ha empezado á corregir á medias, fijando en las orillas del camino unas vigas negras y blancas; como si siempre quisieran tener

hoy á mañana en el mismo. Mientras no haya otra cosa habremos de conformarnos con la esperanza, que á buen hambre no hay pan duro, salvo sea el de Cabanillas. A todo esto ya habíamos pagado la cena y la cama en la venta, y seguíamos nuestra ruta, bajando cuevas y pasando ríos, hasta que por fin recalamos en Burgos donde debíamos pasar media noche, aplacar el hambre, y visitar la catedral. Empezamos por esto último por ser cuestion de luz, y no ser mucha la que penetra en los edificios góticos á las cinco y media de la tarde, y cátanos ya hechos unas papanatas, *vis á vis* del *papamoscas*; célebre en toda España, antes que los soldados le estropearan, y la revolución quitase al cabildo los medios de componerlo,

Pero antes de espaciar nuestra vista por el magnífico crucero, arruinado en 1539 por un huracán, y reedificado en 1556, nos detuvimos á examinar la parte exterior del edificio, por la puerta del *Perdon ó de Santa María*, que con ambos nombres se conoce, y es la mas notable de las seis principales que tiene la catedral. Los dos preciosos órganos fabricados por el maestro Juan de Argete, el coro, la silla prioral del mismo, que costó mil ducados, las vidrieras de colores que coronan la parte superior del templo y la riqueza de las capillas, todo llamaba á la vez nuestra atención; y hora y media poco mas, teníamos á nuestra disposición para admirar las innumerables maravillas del arte que encierra esa perla preciosa, mandada edificar por San Fernando en el año de 1221. Nuestra visita, hija legítima de una caprichosa curiosidad, que indudablemente no merecen los grandes ingenios que emplearon su vida en construir un monumento, recuerdo digno de las generaciones pasadas, oprobio de la presente, y al paso que vamos, baldon de las venideras: mas que visita respetuosa, era un sarcasmo injusto. La catedral de Burgos, se ve en dos horas; pero su inmenso valor artístico no se comprende en dos meses de visitas diarias á las infinitas grandezas del arte que encierran sus calados torreones. Pero nosotros habíamos

tenido la torpeza de elegir la ciudad de Vitoria para cuartel general de nuestras expediciones, y era preciso conformarnos con tan descabellada resolución dejando para otra vez el visitar con calma esa maravilla del arte, de la cual nos queda únicamente el orgullo de decir:—Yo tambien he visto la catedral de Burgos, y aun me acuerdo de que el magnífico trozo de jaspe que se conserva en la *capilla del Condestable*, pesa dos mil novecientas cincuenta y seis arrobas; tiene tres palmos de grueso, y mas de ocho de ancho, y

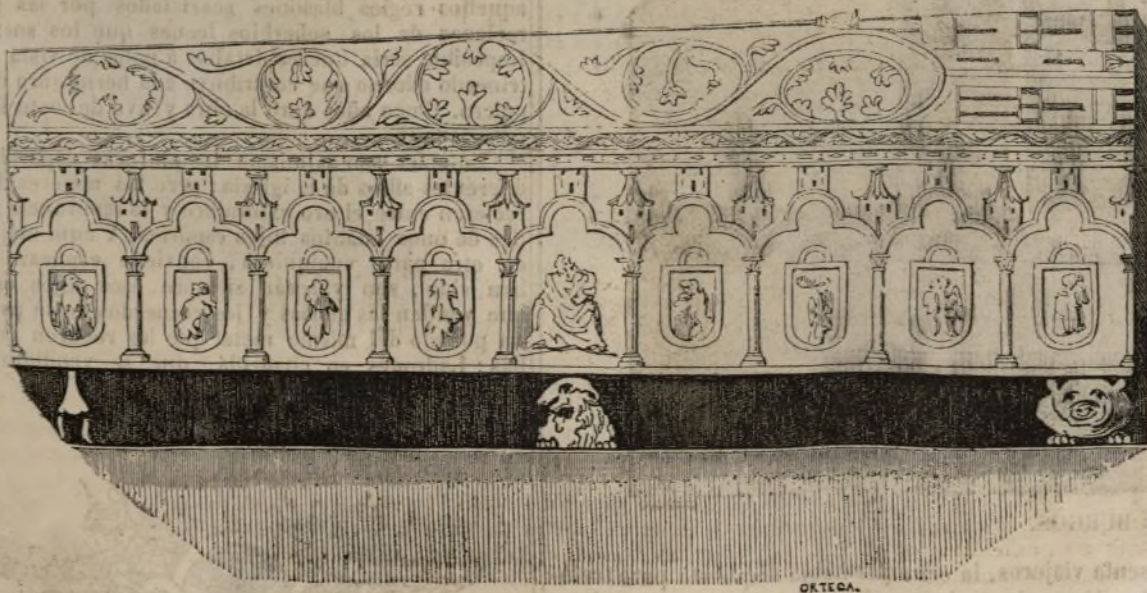


CAPILLA DEL CONDESTABLE.

un medio recuerdo de su primer idea, los grandes ingenios que tal cosa pensaron.

Solíamos de vez en cuando echar un párrafo con

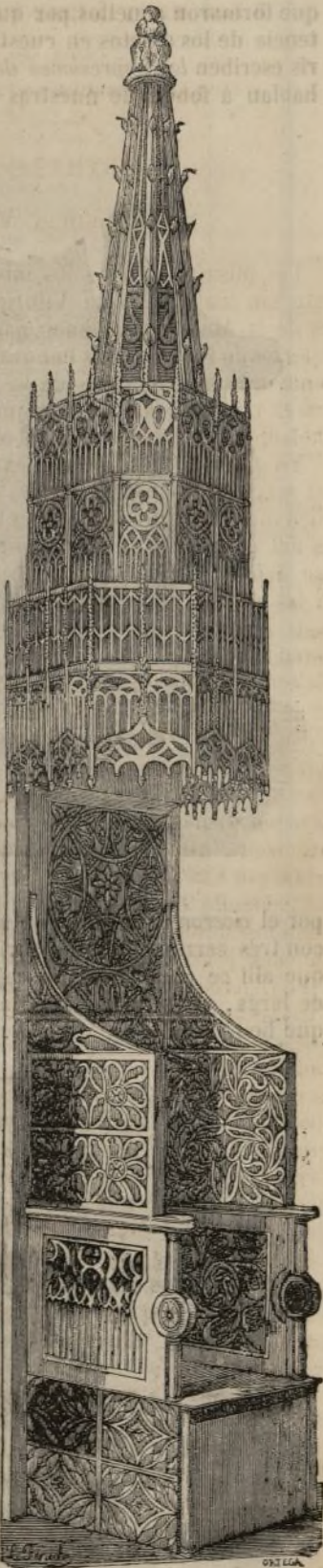
el mayoral, y éste nos dijo que antiguamente pasaba el coche por el pueblo de Somosierra; pero que los vecinos incomodados dieron en arrojar agua á la ca-



SEPULCRO ANTIGUO EN LAS HUELGA.

lle para que se helase y volcára la diligencia; por cuya caritativa intención se rodeaba un cuarto de legua.— Pueblos habria en otras partes del mundo (nos diji-

mos nosotros, á nosotros mismos) que sacarian sus calles al camino para que pasaran por ellas los viajeros; pero lo que va de ayer á hoy en nuestro país, irá de



SILLA PRIORAL DE MIRAFLORES.



diez y ocho de largo; sin que se pueda saber á punto fijo para qué la llevaron allí; á no que fuera para hacer una estatua ó sepulcro del *Condestable*, y no se hayan atrevido á labrarla por ser la pieza mayor acaso que se ha visto de esa materia. Por ese estilo pudiera enjaretar muchas otras curiosidades, y entre ellas citaría la espina de la corona de Cristo, que se conserva en esa capilla, el San Gerónimo de Becerra y varias otras cosas, que todas juntas, y así ensartadas, vendrían á formar una lista insolente, que mas que otra cosa parecería una cuenta de lavandera. Quédese en buen hora ese modo de narrar para nuestros vecinos los franceses, que lejos de pasar en silencio lo que ven cuando no lo entienden, dan su voto sobre cosas que no han visto, contrario en un todo al que formaron aquellos por quienes supieron la existencia de los objetos en cuestion. Por eso desde París escriben *las impresiones de un Viaje por Grecia*, y hablan á fondo de nuestras costumbres, sin haber

pisado jamás la España, ni conocido á ningun español.

Enseñábanos aquellas preciosidades el sacristan, haciéndonos perder con sus esplicaciones los pocos conocimientos históricos que antes de entrar allí teníamos por infalibles, y haciéndonos entrar en una sala llena de trastos viejos, nos dijo:—Ese que ven Vds. ahí, es el *cofre del Cid*.—¿Cuál de ellos? le pregunté con curiosidad.—Ese que está colgado allá arriba. Alzamos la vista, y efectivamente: junto á la cornisa superior se veía un arcon enorme, muy apollado y sujeto por dos barras de hierro. Tratamos de suprimir la indignacion que nos causaba aquella irreverencia arqueológica, y en cuanto lo permitia la cortedad de nuestra vista, y la distancia que nos separaba del cofre, procuramos observarle con detencion. Las arañas, que tal vez á su modo han querido dar una leccion á los hombres, y con especialidad á los fabricantes de urnas de plata, tienen resguardado con sus inmundas telas el cofre, y á no ser

A la hora designada, nos envolvimos en nuestras capas, para subir la cuesta de la *Brújula*, donde sopla un viento Norte, que déjelo Vd. estar; y sin cosa que de contar sea, llegamos á Vitoria.

ANTONIO FLORES.

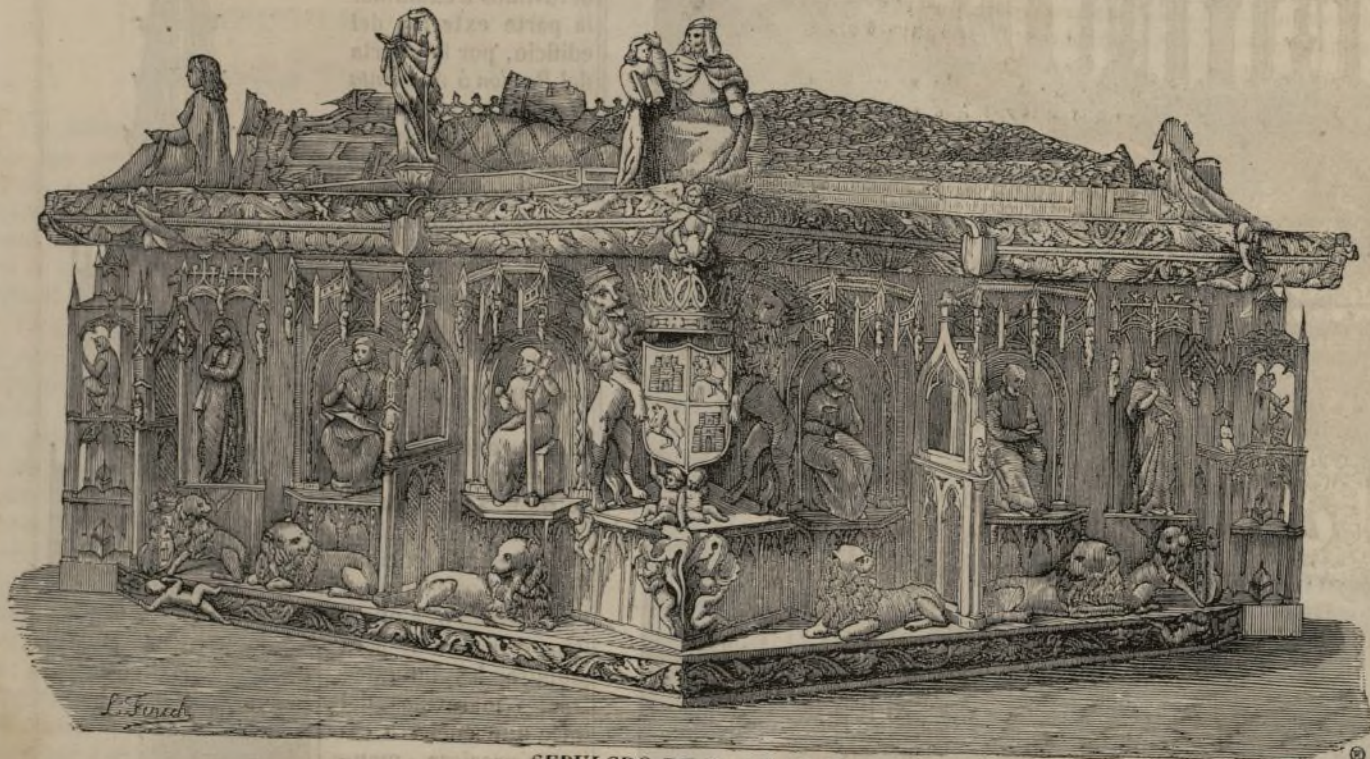
NOTA SUELTA Y SIN MALICIA. El célebre monasterio de las Huelgas y la cartuja de Miraflores habian despertado nuestra curiosidad; y al dar la vuelta á Madrid hicimos una rápida visita á esos magníficos monumentos artísticos, admiracion de los extranjeros y orgullo de los nacionales. En el primero de estos edificios, y especialmente en la sillería del coro, nos salió al encuentro el célebre Churriguera, y su mal gusto nos ofendió la vista mas de lo que hubiera sido de desear, en un sitio que ofrece á pesar de todo un conjunto agradable al par que magestuoso é imponente.

La cartuja de Miraflores, que domina la frondosa vega del Arlanzon, habia sido edificada por don Enrique el *Doliente* para palacio de su real persona, y convertida en monasterio por su hijo don Juan II; gracias á la piadosa intencion de dicho señor y á la solicitud con que los reverendos activaron la obra. Al poco tiempo de terminada la transformacion del palacio en monasterio se originó un horroroso incendio, que los monges no pudieron apagar con sus lágrimas; pero habiendo ablandado con estas el bolsillo del monarca, se volvió de nuevo á la obra, y *velis nolis*, esto es, á despecho de la intencion de don Enrique y de las llamas, lo que se hizo para palacio es hoy convento.

Empresa difícil sería detenerse á dar una idea de las infinitas bellezas que encierra ese edificio, y asimismo nos parece imposible explicar la admiracion que causa el admirable sarcófago colocado en medio del crucero, bajo el cual reposan los restos de don Juan II y su esposa doña Isabel. Las bellísimas entalladuras de la sillería del coro son de un trabajo tan exquisito, que examinado con detencion, hace dudar de que el cincel haya podido hacer un encaje tan delicado en una madera tan dura como el nogal. Si esos objetos concurriesen á una esposicion europea de bellas artes, no recibiría España gusto é inspiraciones del extranjero, que la hacen creer prodigios del arte, trabajos inferiores á los que ejecutaban sus hijos en los siglos pasados.

El sepulcro de D. Juan II que indudablemente es uno de los mas bellos monumentos reales de España, necesitaba otra pluma mas entendida que la nuestra, y otra clase de artículos que en vez de llamar á sus líneas la parte ridícula de los seres á quien por su cuenta toman, supiesen admirar las grandezas del arte y los recuerdos históricos que traen á la imaginacion aquellos regios blasones acariciados por las rizadas melenas de los soberbios leones que los sostienen. Imposible sería querer detallar á golpe de vista el intrincado adorno que contribuye á la hermosura del sepulcro. Cinco años duró la obra y tuvo de coste 442,677 maravedises.

Notables son asimismo las pinturas esparcidas en diferentes sitios de la iglesia; pero las mejores desaparecieron entre el oro extranjero y la ignorancia patriótica de unos cuantos hijos espúrios. Y aquí mejor que en otra parte cualquiera, conviene explicar lo que han sido, son y serán siempre esos hijos espúrios que venden las glorias y los recuerdos de su país por un puñado del mismo metal que les robaron en hajillas: Ladrones en cuadrilla, que se vendieran á sí mismos, si hubiese quien los comprara.



SEPULCRO DE D. JUAN II.

por el *cicerone* que nos dijo ser de álamo negro, y con tres cerraduras, no sabríamos decir mas, sino que allí se encuentra una caja vieja de seis palmos de larga, y dos y medio de alta. ¡Y querrán luego que no se diga!

Abandonamos por fin la iglesia, y entre otras cosas que hicimos, fue una de ellas visitar el *solar del Cid*, monumento fabricado, segun se dice, con los escombros de la casa del Cid, y blanco hoy de las piedras de los chicos, y juguete de los soldados que



CARTUJA DE BURGOS.

por popularizarse tal vez, arrancan con los sables la inscripcion, que recuerda la memoria del primer caudillo de las huestes castellanas. No parece sino que al siglo actual le han legado acciones grandes, para que luzca su impotente envidia escarneciéndolas!

Después dimos una vuelta por el *Espolon*, paseo situado entre el rio y la ciudad; visitamos el café nuevo, y nos fuimos á la fonda, repartiendo entre se-

senta viajeros, la cena que habia dispuesta para treinta, y no alcanzaba para quince; incluso los platos que salieron mal guisados; porque la cocinera, segun decia, no habia hecho escritura de guisar bien todos los dias. Los viajeros de cuatro diligencias, nos acomodamos en dos mesas, y aunque muchos protestaron llamándose á engaño, todos abonaron 14 reales, cuando los llamaron á pagar.







Retrato del Excmo. Sr. D. Juan Prim, conde de Reus, (copiado de un  
bellísimo cuadro pintado por D. Antonio Esquivel.





## SUCESOS CONTEMPORANEOS.

**PROCESO DEL GENERAL PRIM,  
CONDE DE REUS.**

Hace un año se levantaba en diversas poblaciones de Cataluña la bandera de Junta Central, y se agrupaban en torno de ella hombres resueltos á lidiar á muerte y en tan desesperada lucha, que tomaban el peligro por recreo, y en sus oídos vibraba el estallido de las bombas tan armonioso como los acentos de una magnífica orquesta. Barcelona, Mataró, Hostalrich, Gerona, Figueras, se unían á aquel ilegítimo alzamiento, y en frente de esas poblaciones, y delante de esos castillos, se veía á un joven catalán, leal y cumplido caballero, militar bizarro y pundonoroso. Pocos meses antes, y en el recinto de su pueblo, había dado un grito que tuvo popular eco en todos los ámbitos de la monarquía: primero que él, no aclamó nadie la mayoría de S. M. la Reina Doña Isabel II: pronunciábalas en medio del universal entusiasmo las Cortes del reino, mientras el joven militar, á quien nos referimos, daba la última cuchillada á los que pretendían oponerse á tan solemne y apetecida ceremonia. Un sentimiento de nacionalidad, propio solo de un corazón noble y generoso impelia al jefe, simpático por su gloriosa juventud, no menos que por su heroica bravura á cruzar sus armas contra sus paisanos, y lo que es mas, contra sus íntimos amigos, con quienes había vivido bajo un mismo techo; acción digna de eterna alabanza porque conducía á la reconciliación de todos los partidos, á la tranquilidad de España.

A este joven catalán, militar bizarro, y cumplido caballero, le hemos visto comparecer recientemente ante un consejo de guerra, complicándosele en una causa de conspiración y asesinato. Figura en esta causa una delación del comandante don Joaquín Alberniz, en que afirma que en casa del general Prim, conde de Reus, se celebraban las reuniones para urdir una conspiración, á que debía darse principio por asesinar á todas las autoridades de la corte, y que el mismo general había facilitado los trabucos que debían servir para el asesinato. Todos los periódicos de Madrid han insertado ese célebre proceso; y nosotros que pensamos hacer de él un breve juicio crítico, no encontramos probado en ninguna de sus declaraciones ni diligencias el extremo de que en casa del general Prim hubiese reuniones de ninguna especie. Un subteniente llamado don Fermín de Tomás, declara que el general Prim le invitó á tomar parte en una conjuración que se tramaba, á lo que se negó rotundamente. Un licenciado, cuyo nombre es Miguel Feliú, dice que yendo á visitar á un criado del conde de Reus, fue invitado por un ayudante de este á hacer causa común con los conjurados, y como el declarante mencionara los peligros de tan arriesgada empresa, le dijo que el general Prim estaba al frente del movimiento, y llevado á su presencia insistió en la negativa. Un don Miguel Huguet, del comercio de Barcelona, según su dicho, si bien nadie le conoce, manifiesta que el general Prim se mostró un día en su casa irritado contra el gobierno, que el declarante procuraba calmarle con sus amonestaciones, y que sus ayudantes inflamaban su enojo. De consiguiente, dando todo el valor imaginable á estas declaraciones, no resulta mas que el dicho de cada uno de los individuos que las han prestado en frente del dicho del conde de Reus, y forzoso era que esos dichos no fuesen aislados para demostrar que en casa del general Prim se han celebrado reuniones para destruir el actual orden de cosas. Media la circunstancia de que el soldado licenciado, Miguel Feliú, no se ha ratificado en su declaración, porque ha desaparecido de esta corte, y que don Miguel Huguet ha rehusado presentarse al cargo, solicitado con instancia por el general Prim, á fin de satisfacer la curiosidad de conocerle, manifestando que á él le importaba poco que se diera ó no crédito á su dicho. Y el fiscal del proceso consintió en que no se presentara, y eso, mientras un ciudadano pacífico al recibir una papeleta de un juzgado en que se le cita para prestar una declaración en una causa, no puede excusarse de asistir, porque hay

un artículo del reglamento de justicia en que se le obliga terminantemente á la asistencia.

Pero el delator don Joaquín Alberniz añade que el general Prim facilitó sus dos trabucos para el asesinato de las autoridades. Son varios los testigos que dan fé de que el general Prim tenía en su cochera dos trabucos, y dicen ser los mismos que les presenta el fiscal del proceso, y fueron hallados en el pozo de la casa de Miguel Moliá á las trece horas de haber sido preso éste, y de haberse practicado el reconocimiento de su casa. Presentados esos trabucos al conde de Reus, ni afirma, ni niega que sean los suyos, porque todas las armas de una misma clase se parecen unas á otras: si son los suyos, no puede descifrar el enigma de cómo han pasado al pozo de Miguel de Moliá, pues solo sabe que á su vuelta de Francia le dijo su criado Jaime Fábregas que el comandante don Francisco María Fort se los había llevado. Evacuada esta cita en las ampliaciones del proceso, resulta cierta. Por lo demás, el mismo Alberniz se contradice manifestando en una de sus declaraciones que el 24 de octubre á las seis y media de la noche entregó el general Prim los trabucos, sacándolos de una papelería, y en otra, que estos fueron entregados por Moliá en su casa, calle de la Concepción Gerónima, el 24 de octubre á la misma hora. Desde luego se comprende que nosotros no discutimos ni nos compete discutir la culpabilidad ó inculpabilidad del conde de Reus; nos limitamos á hacer un juicio crítico del proceso, indicando las condiciones que le faltan para no ser calificado de vicioso, así como analizaríamos un drama ó otra cualquiera producción literaria, para averiguar los lunares de que adolecía. El proceso del general Prim, es ya un documento público, y el fallo de los ilustres vocales del consejo de guerra corrobora nuestras humildes observaciones. Probados los extremos que abraza la delación de Alberniz estaba en su lugar la conclusión fiscal del proceso: calcúlese toda la distancia que existe desde la pena de muerte á seis años de reclusión en un castillo, y todos convendrán en que dichos extremos no se han demostrado ni aun siquiera para producir vehementes indicios, ni en la primera vista del proceso el 4 de noviembre, ni en la segunda reunión del consejo verificada el 14 del mismo, después de ampliadas las actuaciones.

Este día se presentó el general Prim ante sus jueces vestido de rigurosa etiqueta; con pantalón y frac negro, chaleco blanco, ceñida la faja de general y la gran cruz de San Fernando, y luciendo en su pecho una magnífica placa. Tomando una elegante postura y radiando de serenidad sus ojos, hizo una profunda reverencia al consejo, cuyos vocales le contestaron quitándose los sombreros. En seguida cautivó la atención de su auditorio con su elocuente discurso de tres cuartos de hora, brotando alternativamente de su pecho frases inspiradas por la mas noble indignación, por el mas religioso entusiasmo á su reina y á su patria, por la sublime pasión de la filial ternura, y por el acerbo dolor que le causaba la inconsideración con que se le había tratado en su calabozo. En algunos pasajes arrancó lágrimas del corazón de sus jueces y de cuantos le oían, llevándose tras sí todas las miradas al salir de aquel recinto, después de terminado su discurso. No puede menos de excitar grandes simpatías un joven que aun no ha cumplido treinta años, y que en un tercio de su vida ha recorrido todos los grados de la Milicia desde soldado distinguido hasta la elevada categoría de mariscal de campo, y de una manera tan brillante como consta en la siguiente hoja de servicios, leída por el general Schelly al hacer la defensa de su cliente.

El general Prim ingresó en un batallón de cuerpos francos en clase de soldado distinguido el 21 de febrero de 1834, hallándose en las acciones de guerra que á continuación copiamos.

1834.—Contra facciosos en Cataluña desde su entrada al servicio y en la acción del 7 de agosto contra el cabecilla Griset.

1835.—En la de Casa Bancells el 4 de enero, en la que se batió cuerpo á cuerpo con un faccioso y logró darle muerte. En San Quirce el 14 de marzo, por la que fué recomendado. En el Coll de Guast el 12 de abril, donde fue herido. En la de Viladrau el 2 de agosto. En Juanet el 8 de setiembre. En la de Matagalls el 12 de octubre. Ataque y defensa de

la villa de San Celoni el 14 de noviembre, y en Arbucias el 9 de diciembre.

1836.—En San Hilario el 24 de febrero, en la que mereció recomendación por haber sido el primero que con una bandera en la mano desalojó á los enemigos, y dió muerte á un faccioso después de luchar con él á brazo partido, sin embargo de llevar su fusil y bayoneta. En la sorpresa de Villamayor de Vallés el 26 de marzo, donde con su parte de compañía se introdujo en el pueblo, recibiendo una herida de bala de fusil en el muslo derecho. En el pueblo de Taradell el 2 de noviembre, en la que se batió cuerpo á cuerpo con un lancero, al cual dió muerte cogiéndole sus armas y caballo; y en la salida que se hizo desde Granollers el 11 de diciembre, consiguiendo dar muerte á cinco aduaneros.

1837.—En el pueblo de la Forza el 3 de enero. El 25 del mismo aprehendió por sí propio á uno de los aduaneros del Cóngost. El 6 de febrero atacó á la facción de Altimira en el pueblo de Amalla. En las acciones de San Feliú, Saserra y San Miguel de Taradell el 15 y 18 de julio, por las que fue agraciado con la cruz de San Fernando de primera clase. En Capsacosta el 29 del mismo. En Dosrrius y levantamiento del Puigcerdá el 28 de noviembre, por la que obtuvo grado de capitán.

1838.—En la toma de Ripoll el 16 de marzo. En las acciones de San Quirce el 9 y 16 de abril, donde fue herido y agraciado con el empleo de capitán. En el sitio de la ciudad de Solsona, desde el 21 de julio hasta el 29 del mismo, asistiendo voluntariamente al asalto que se dió el día 23, siendo el segundo que montó el tambor enemigo del hospital, en donde recibió una herida de bala en el brazo izquierdo: continuó en el combate, siendo el primero en apoderarse de la puerta principal de la ciudad aspillada, metiendo en una de ellas un hacha encendida que llevaba, estando todavía ocupada por el enemigo; no retirándose del combate hasta que fue encerrado el enemigo en el palacio episcopal, por todo lo que fue recomendado y agraciado sobre el campo de batalla, con el grado de comandante. El 5 de noviembre, estando ya herido, y no queriendo retirarse, se le mandó que con una mitad de su compañía atacase una posición ocupada por octuplicadas fuerzas enemigas, lo que ejecutó con admirable decisión, recibiendo otra herida de bala, y perdiendo veinte y cuatro hombres de cuarenta que llevaba; siguiendo luego el combate á caballo á pesar de sus heridas, hasta que huyó batido el enemigo. El 6 quiso batirse á caballo, y quedándose á sostener la retirada, fue el primer soldado en la carga que con una mitad de caballería dió el brigadier Pavía, en la que fue herido el caballo que montaba.

1839.—En el sitio y toma de la villa de Ager el 11 y 12 de febrero en la que fué elegido para que con tres compañías tomase por asalto un fuerte reducto, lo que verificó á satisfacción y vista de todo el ejército: fué el primero en ocuparlo, dando ejemplo á la tropa que mandaba, y marchando después á asaltar la brecha principal del convento, no pudo verificarlo por estar impracticable, viéndose obligado á quedarse dentro del foso por espacio de algunas horas hasta que se tomó el pueblo. Por este día mereció particular recomendación, y fue promovido á mayor de batallón sobre el campo de batalla. El 11 de abril en las posiciones de Biosca se le confiaron las compañías de cazadores que componían la vanguardia del ejército. El 12 practicó un reconocimiento sobre el campo del enemigo, resistiendo en la retirada á cuadruplicadas fuerzas, acuchillando á una porción de enemigos en un amago que les hizo con una mitad de caballería; por cuya acción se hizo mención honorífica por el general en jefe, á cuya vista se practicó. El 13 dándole el mando de la vanguardia, que se componía de cinco compañías de cazadores y una mitad de caballería, se le destinó á flanquear al enemigo, desempeñándolo con tan buen tino que, cayéndole encima de improviso, desbarató con la mitad de caballería las dobles fuerzas de esta, y triplicadas de infantería, dejando en el campo á varios de ellos, siendo siempre la suya la primera cuchillada, por lo que mereció las gracias del Excmo. Sr. general en jefe, y fué ascendido á primer comandante sobre el campo de batalla. El 14 de noviembre, también con el mando de la van-



guardia atacó con tanta decision, que fué suficiente su fuerza á romper la primera linea enemiga, quedándose luego á sostener la retirada, lo que hizo á entera satisfaccion del jefe de la division, conteniendo en buen orden á muchas fuerzas que le cargaban; en ella fué muerto el caballo que montaba, y á vista del jefe de la division fué herido de bala de fusil en la paletilla izquierda: se le previno que se retirase, y habiéndolo ejecutado, no hizo mas que hacerse vendar la herida y salir otra vez á ocupar su puesto, que no dejó hasta concluida la accion. El 15 estuvo al frente de su fuerza, batiéndose toda la accion con el mayor entusiasmo, quedándose igualmente á retaguardia, y el 16 rompió otra vez la linea de Peracamps, sosteniendo el flanco derecho, y en el crítico momento de cargar el enemigo, le salió al encuentro con una mitad de caballería echándose encima con suma decision y pegando la primera cuchillada por haber marchado delante de su gente 40 ó 50 pasos para dar ejemplo; en la que fué nuevamente herido de bala sin abandonar su puesto hasta concluida la accion, por cuyas jornadas y mérito contraído en ellas fué agraciado con el grado de coronel sobre el campo de batalla.

1840.—En las acciones de 1.º y 4 de febrero en los campos de Peracamps, habiéndosele confiado en ambos días defender la retaguardia, lo que practicó con la mayor bizarría y buen orden, particularmente el día 4 en que salvó con su arrojo, puesto al frente de una porcion de caballería y dando una carga al enemigo, en donde fué herido en la pierna y muerto el caballo que montaba, el que hiciese una porcion de prisioneros de las varias guerrillas que venian arrolladas. Fué por estas jornadas altamente recomendado y ascendido á teniente coronel mayor.

Hasta aquí la hoja de servicios; en los muchos que despues ha prestado ha figurado en primer término, ya en Reus y en el Bruch en junio de 1843, ya en Gracia, S. Andrés, Mataró, Gerona y Figueras en octubre, noviembre y diciembre del mismo, ganando así los grados de brigadier, de mariscal de campo y la gran cruz de S. Fernando.

El proceso del conde de Reus ha pasado el lunes 18 de noviembre al Tribunal Supremo de Guerra y Marina.

#### A MI HIJO DORMIDO.

Duerme, blanca paloma,  
serafin bello,  
duerme, que mi cariño  
te guarda el sueño;  
Y mientras dure,  
tus hermanos los ángeles  
tu cuna arrullen.

¿Qué sueñas, vida mia,

que así sonries?  
¿recuerdas de tu cielo  
los bellós iris?  
¡Pobre inocente!  
¡sigue, sigue soñando,  
no te despiertes!

La senda de la vida  
que ahora comienzas,  
de bellos paisajes  
está cubierta;  
Y cuando corres  
van tus pies infantiles  
pisando flores.

Mas de ese sol tan bello  
con su cielo azul,  
verás irse apagando  
la brillante luz;  
Y el sol y el cielo  
entre nubes espesas  
irse perdiendo.

Esas flores, mi vida,  
hoy tan hermosas,  
se van luego secando  
hoja por hoja;  
Y llega un día  
en que el alma halla solo  
duras espinas.

¡Yo no sé si sería  
mejor para tí  
de tu sueño en las alas  
de este mundo huir;  
Y puro y bello,  
sin dejar de ser ángel,  
volverte al cielo!

Porque este mundo un valle  
de lágrimas es,  
donde las pocas flores  
que suelen crecer;  
Se riegan solo  
con el amargo llanto  
de nuestros ojos.

De recuerdos lejanos  
viven los unos,  
mientras sueñan los otros  
con lo futuro;  
Siendo así cierto,  
que para el hombre siempre  
la vida es sueño.

En ese mundo, Alfredo,  
que bullir miras,  
es la lealtad un cuento,  
la fé es mentira;  
Y al fin se seca  
el corazon, esclavo  
de la cabeza.

Sin contar los dolores  
de tu corazon

te arrojará á la cara  
tu falta menor;  
Y con tus culpas  
pretenderá egoísta  
cubrir las tuyas.

Será en vano, mi vida,  
que generoso  
acceptes inocente  
las culpas de otros;  
Que ese heroísmo  
nunca el mundo le premia,  
nunca, hijo mio.

Si eres uno de tantos,  
y gozar quieres  
las tristes alegrías  
que el mundo ofrece,  
Seca y amarra  
tus ilusiones bellas  
dentro del alma.

Pero no, Alfredo mio;  
yo en tí hallar quiero  
un alma tan hermosa  
como tu cuerpo;  
Y si es preciso,  
antes que reir, llora,  
llora, hijo mio.

Cuando á nuevas ideas  
tu mente abriendo  
las brisas de la infancia  
suenen ya lejos;  
Tu triste padre  
á llorar sin consuelo  
podrá enseñarte.

¡Ay! será horrible, horrible,  
ángel hermoso,  
sin poder enjugarle  
mirar tu lloro;  
Y de sus penas  
ver que te lega el alma  
la triste herencia.

¡Mira, corazon mio,  
mira qué hermoso!...  
¡Por Dios no le despiertes  
con tus sollozos!  
¡Ay, mi cariño!  
¡pedazo de mi alma!  
¡pobre hijo mio!

Duerme, blanca paloma,  
serafin bello,  
duerme que mi cariño  
te guarda el sueño;  
Y mientras dure,  
tus hermanos los ángeles  
tu cuna arrullen.

MADRID.—Noviembre 1844.

J. ROMEA.

## Revista de la Quincena.

Muy pocos poquísimos son los sucesos que en el exterior han tenido lugar durante la quincena de que vamos á ocuparnos, y nuestros lectores verán que terminan en punta como pirámide, si únicamente les hacemos referencia de la salida de París del duque de Aumale acompañado de su hermano el príncipe de Joinville con direccion á Nápoles, donde tendrá lugar su proyectado enlace y del que hemos dado á nuestros lectores alguna noticia anticipada.

Ha terminado en el Congreso de Diputados la discusion del proyecto de contestacion al discurso de la corona; anchuroso campo abierto á los partidos y en el que preparan acciones, se atacan y defienden con armas de buena ley, las mas veces. El Congreso actual, compuesto en su mayor parte de hermanos y en una muy pequeña de parientes ó allegados, aunque no por linea recta, solo podía presentar á los ojos de sus comitentes, el halagüeño espectáculo de un simulacro de batallas, y no otra cosa que un simulacro ha presentado, del cual ha salido el poder con nuevas y mejores fuerzas, sostenido por el seguro puntal de los elegidos

del pais. No ha faltado alguno que deseara por sí solo dar al enemigo la batalla, sin gastar pólvora en salvas; pero qué es un hombre, contra tantos hombres? Muy buena y muy santa es la defensa propia, pero es temeridad funesta emprenderla contra tantos, ni ese grande arrojo demuestra tampoco la fuerza de razon, y quien así emplea sus armas, quien así esfuerza su voz, es como el que las gasta en una piedra, como quien grita en un desierto, si ya no se expone á ser parte activa en aquella batalla famosa, y á que hagan con él, lo que el fiero leon hizo con don Quijote. Los señores Orense y Perpiñá, sin que se den por aludidos en este último cuadro, aunque tal pudiera ser el reparto de papeles que ninguno de los dos quedara descontento, han sido y nos prometemos de su verbosidad, que continuarán siendo, los sostenedores de la discusion: ¿Y quién se atreverá á negarles á SS. SS. que son un elemento indispensable, de los muchos que entran en la composicion de estos cuerpos? Nadie: esta especie de oposicion viva, estos busca ruidos que tal puede llamarseles, son los que dan vida á un congreso, los que amenizan las se-

siones lánguidas, con incidentes varios, con dichos oportunos, y repentinas gracias, cualidades que se aprecian siempre en los que hablan mucho, por las pocas que entran. El primero de estos señores, antes de sentarse en los escaños del Congreso, se conoce que ha bebido en buenas fuentes, en las de la riqueza, y pública prosperidad, y no levanta su voz una sola vez, sin que los caminos, canales, hacienda y aranceles salgan á cuento, y diga sendas verdades, pero de esas que hacen reir, porque hay verdades tan mal dichas, que parece que no lo son. El señor Perpiñá, se le parece mucho en el modo de raciocinar y en lo bien dispuesto que se encuentra siempre para usar de la palabra, y aunque en política son dos polos, en todo lo demas deben tener gran simpatía. Este señor diputado dice á cada paso que le anima el deseo de cortar la discusion y esto es tan cierto, que no parece sino, despues de lo que habla, que desea hablar solo. Por supuesto que cuando tiene la palabra, que será siempre que haya sesion, no hay que cansarse en saber de qué se trata, todo lo corre, en nada se fija; tan pronto habla de la



ley electoral, como de la de ayuntamientos, como de canales y caminos; y si al tocar este punto, le llama el presidente á la cuestion, contesta con la mayor agudeza, que trata de caminos, para ver si encuentra el que le conduzca á ella, y rien los compañeros la gracia y la oportunidad; y el señor Perpiñá cobra mientras tanto aliento, para hablar un par de horas mas. A la discusion del proyecto de contestacion, ha seguido la mas interesante aun y trascendental de la reforma de la ley política del estado. El Congreso, que ya en el documento que acababa de discutir, habia prejuzgado y hasta resuelto, lo conveniente de la reforma, se ha lanzado en esta discusion con toda calma y mesura, como que en ella va envuelta la felicidad ó la desgracia del pais. Discursos notables se han pronunciado de una y otra parte en la totalidad: las cuestiones de legalidad, conveniencia y oportunidad se han dilucidado perfectamente, siendo dignos de mencionarse los señores Romero Gener, Tejada, Martínez de la Rosa y Galiano, entre los que han tomado parte en el debate. El primero, joven novel en la carrera parlamentaria, reúne grandes dotes de orador y de hombre de parlamento. A su facilidad en el decir y suma correccion, vá unida una gran fuerza de raciocinio y de lógica irresistible. Presenta las cuestiones con suma claridad y se distingue por sus modales finos, siendo de sentir que su voz no tenga toda la fuerza que seria de desear para que el señor Romero Gener fuera una cosa completa. De todos modos es nuestra humilde opinion, que le espera un brillante porvenir en el parlamento. El discurso del señor Tejada ha sido notable, en primer lugar porque lo leyó S. S. y en segundo por las doctrinas absolutistas de que estaba sembrado, sin cubrirlas el menor disfraz; así ha sucedido que la comision por el órgano del señor Sartorius, rechazó la defensa que del proyecto habia hecho el señor Tejada, y el ministro de Estado á nombre del gabinete, rebatió una por una cuantas ideas propias del antiguo régimen presentó el amigo del famoso Calomarde. Discutido el proyecto en su totalidad, se ha pasado á la discusion por artículos, ofreciendo un reñido debate la eliminacion del jurado para los delitos de imprenta como precepto constitucional, eliminacion que han votado en la mayoría algunos diputados periodistas, todos en la creencia de que el jurado no desaparecerá.

El día 14 se vió definitivamente en el consejo de guerra, la causa formada contra el general Prim, conde de Reus: en otro lugar de EL LABERINTO encontrarán nuestros lectores cuanto puedan desear sobre el particular. En esta seccion solamente cumple el que digamos, que habiendo sido condenado por el consejo á un castillo de Ultramar por espacio de seis años, no ha recaído sobre el joven general pena infamatoria, que pudiera amargar su triste situacion, empañando el lustre de su lucida carrera. Ignoramos al escribir estas líneas cuál sea la resolucion del tribunal supremo de Guerra y Marina, que se ha tomado bastantes dias para deliberar sobre la materia.

Durante esta última quincena, se ha levantado Zurbano en la provincia de Logroño, proclamando la Constitucion de 1837. Ignoramos si la bandera enarbolada por el fiel caudillo de Espartero, tendrá muchos ó pocos secuaces, que se agrupen á su alrededor; es lo cierto que el gobierno ha tomado sus medidas, exonerándole y previniendo á todas las autoridades, que donde quiera que sea habido, se le pase por las armas, sin mas que identificar su persona y darle los momentos precisos para cumplir con los deberes que impone la religion.

Ha fallecido en esta corte el distinguido artista señor Elbo, apenas acababa de regresar de su viaje á la hermosa Andalucía, donde con incansable laboriosidad habia hecho grande acopio de ricos apuntes, para trasladarlos al lienzo con su delicado pincel. Este malogrado joven, tan conocido como justamente apreciado, se distinguia por la verdad y delicadeza con que pintaba los cuadros de costumbres populares, y con especialidad de costumbres andaluzas. En las exposiciones de la Academia, siempre se llevaron las miradas de los aficionados y del público todo, sus lucidas y acabadas obras. La inflexible Parca, ha venido á cortar tan hermosa flor, cuando se encontraba en su lozanía, perdiendo la escuela de las artes uno de sus mas esclarecidos discípulos.

Una desgracia inmensa tenemos que deplorar, una desgracia que ha llenado de luto nuestro corazon, y á la cual no podemos menos de consagrar una página de dolor. Nuestros lectores habrán conocido ya como nos encaminamos á trazar el cuadro de horrores, con que la Providencia en sus altos designios, ha convertido la inocente CUBA. Aquella hermosa isla, y con especialidad la Habana, ha sufrido en los dias 4 y 5 del mes pasado, el duro azote del mas terrible de los huracanes. Habíase anunciado el borrascoso temporal desde los primeros dias del mes, pero el 4 á las diez de la noche

declaróse en toda su fuerza la deshecha tempestad y el huracan arreció terriblemente; de una parte las casas de sólidos cimientos cayeron á su empuje, las puertas y ventanas, las mas firmes techumbres se estrellaban por las calles, las tejas, las persianas, inmensas planchas de plomo, vagaban cual plumas por los aires, los deliciosos bosques se miraban destrozados por el suelo; las palmas gigantes cas humilladas, y las ceibas cuyas profundas raíces se estienden por el centro de la tierra, eran trasplantadas como tiernas flores por céfiro ligero. De otra parte la perspectiva era aun mas dolorosa, inmensos buques, soberbias flotas que habian resistido las enfurecidas olas, se estrellaban contra la embravecida mar, y deshechas en mínimas astillas eran parte de la espuma que en su furia vomitaba el huracan. Y en medio de este espectáculo que desgarraba el corazon, entre montones de escombros, pisando alfombra de ruinas y cadáveres, discurrían atónitos y despavoridos, con lívidos ojos y pálidas facciones, tantos infelices que habiéndose salvado en la ruina de su pobre hogar, ni aun podian mirar al cielo demandándole piedad, porque entre el cielo y la tierra vagaba todavía el azote de la humanidad. Con cuanto razon podia esclamarse entonces ¡Virgen del mundo, América inocente! Dentro del puerto de la Habana han sido innumerables los estragos. Se hacen subir á ochenta el número de los buques que se fueron á pique en el puerto, sin contar los que se han embarrancado y los que sin ir á la costa han sufrido grandes averías. A continuacion insertamos una curiosa carta que dá noticia de tan tristes pormenores.

«El día 4 habian salido de este puerto el bergantin Correo núm. 3; un bergantin de guerra, el Cubano, al mando del capitán de Fragata D. Ramon Armero, hermano del actual ministro de Marina; el bergantin mercante Aviso, de Barcelona; el Observador, el Zaragozano, el bergantin americano Poland; este último para los Estados Unidos; y los restantes, excepto el Cubano para la Península, porque este buque de guerra iba escoltando el correo hasta boca del canal, y todos estos buques habian salido contra la opinion de los marinos mas acreditados que veian en el barómetro la tormenta que amenazaba; pero el capitán del Aviso que llevaba á su bordo cincuenta y tantos licenciados, se empeñó en salir y los otros le siguieron: ¡qué ansiedad en la mañana de la tormenta, y todo el día 5! Hasta el 6 no hubo noticia de ninguno de ellos: el domingo se comenzó por ver los restos del Aviso que se estrelló en nuestras playas, y los abogados, que lo fueron todos los tripulantes y pasajeros sin que se hubiesen salvado mas que el contramaestre y cuatro licenciados y de ellos solo uno enteramente sano: creyóse pues que todos los buques hubiesen sufrido igual suerte; mas afortunadamente, sino todos ellos, todas sus tripulaciones se salvaron aunque con fracturas y contusiones: el buque de guerra á pique ya de perecer, logró embarrancar y no perdió mas que un artillero; el comandante salió herido de tan furiosa batalla con los elementos; él y un guardia marina (Cuesta) fueron los últimos que salieron del buque, en el cual todos se portaron con valor, y salieron merced al esfuerzo de dos marinos y un práctico, que se echaron á la mar para conducir un cable que sirviera de andaribel, por el que pudieron palmearse los que estaban á bordo amarrados á la obra muerta del buque acostado y casi anegado enteramente.

El Correo y el Observador salieron mejor, porque sufrieron menos y lograron pasar la tormenta capeando; pero el Zaragozano y el Poland cuyas tripulaciones se salvaron, fueron á varar en diferentes puntos de nuestras costas, en las cuales comienza á encontrarse cadáveres y fragmentos de buques: entre los que venian naufragó con tripulacion y pasajeros el bergantin Correo Juanita, de Puerto-Rico; del cual se sabe porque se encontró en un baul el rol y papeles del capitán. Ha habido salvamentos milagrosos, pero las lágrimas y el dolor apenas permiten calma bastante para dar gracias por ellos á la Providencia.

Las noticias que de todas partes nos llegan son las mas aflictivas: las fincas han sufrido muchísimo; los frutos se han perdido y con ellos las casas de vivienda; los animales se han ahogado y no se ven mas que miserias y desastres.—Después de la seca horrorosa que ha sufrido la isla, este nuevo azote pone el colmo á la desolacion de los infelices y de los labradores que se han quedado hasta sin albergue.

Nuestras autoridades han comenzado por tomar medidas acreditadas del mayor acierto: el Excmo. señor intendente de acuerdo con la junta de Hacienda ha declarado libre la introduccion de maderas de construccion y mas necesarias para la reparacion y reedificacion de los edificios, así como la importacion de Francia de maiz, patatas, arroz y algun otro fruto aqui de primera necesidad, abriendo al mismo tiempo suscripcion entre los empleados para socorrer á los mas

infelices; al mismo tiempo el Excmo. señor capitán general después de adoptar otras medidas, invitaba tambien la generosidad pública nombrando para éllo comisiones: pero por acreditada que sea la generosidad de estos habitantes, como todos, todos han sufrido sin escepcion, no podrá reunirse lo bastante para acudir á todas las victimas de semejante calamidad.

Sin embargo, muchas personas y casas de comercio comienzan á aparecer en las listas suscribiéndose por 1000 y por 500 pesos cada una.—La Habana no ha dejado nunca de corresponder generosamente á los desgraciados que á ella han acudido...

Ignoramos aun si los demas departamentos de la isla habrán sufrido tanto como el nuestro; pero en este occidental son terribles las noticias que de todas partes nos vienen.—En Matanzas hizo el huracan mas estragos todavía que aquí: no pueden leerse las cartas que de todas partes nos dirigen. ¡Pobre reina de las Antillas, con cuánto dolor tornarás la vista á tus yermos campos, emblema un día de risueña vida! Tambien tus hermanos lloran: tu desgracia es la suya, y por consuelo, solo llanto te ofrecen en tamaña desventura.

Los teatros principales, solo nos han ofrecido en esta quincena la traduccion de Marco Tempesta, que ni merecia siquiera los honores de ser citada. Esto no tiene nada de particular si se atiende á los grandes preparativos que ha estado haciendo la empresa, á fin de presentar en el teatro de la Cruz una mejora digna de la corte de las Españas y una compañía de ópera que na la deje que desear. De esta, se encuentran en Madrid las primeras partes, y probablemente á fines de este mes se estrenará con la linda ópera de Donizetti *Lurecia Borgia*. Como es de presumir, este coliseo será el que por sus grandes mejoras obtenga del público la justa preferencia, pues no solo será la compañía de ópera la que luzca sus excelentes facultades, sino que la compañía dramática, estrenará en ese teatro todas las funciones nuevas.

El Circo ha dado el baile de la Pery que es lo peor que hemos visto en este teatro, por su pesadez, mala direccion y peores bailables. Después de tanto como se le ponderaba anticipadamente, faltó poco para que mereciera honores de la silva, y á no ser por la encantadora Guy, que con su extrema habilidad disipa las tormentas, es seguro que la Pery hubiera tenido mal fin. En obsequio á la justicia y á la severa imparcialidad, que es nuestro norte, debemos hacer mérito de la última decoracion pintada por el señor Lucini la cual es asombrosa.

El nuevo tenor señor Bettini, que ha hecho su salida en la *Gemma*, es un tenor muy regular, su voz de pecho es excelente, su música no gran cosa, y por lo amanerado da á entender que no hace mucho tiempo pisa las tablas. Esta ópera la cantaron en Venecia el año pasado la señora Ober y el señor Bettini, y cuentan que hicieron furor. En Madrid, no ha sido el triunfo tan completo, y solo en el duo del segundo acto fueron justamente aplaudidos.

Ahora parece que se ensaya el *Hernani* de Verdi, por cuyo buen éxito tememos mucho, sabiendo que en Milan acaban de hacer fiasco en la misma, cinco baritonos, de los cuales el peor es una notabilidad, comparado con lo que en el Circo tenemos.

Tambien se ensaya para beneficio de la Guy el baile titulado el *Diablo Enamorado*: es muy probable que pasen meses antes que se ponga en escena.

JUAN PEREZ CALVO.



DIRECTOR, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS  
DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR PROPIETARIO.  
Calle de Carretas, núm. 8.